

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 23 de Junio de 1897

Número 50

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Pettit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes.	\$ 0.50
En campaña	0.60
En el exterior	0.70
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspiñera, Teix y C.ª

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—A PROPOSITO DE LOS "PALIQUES" DE CLARIN, por Victor Pérez Pettit.—CONFIDENCIAS EPITOLARES: CHILE Y EL URUGUAY; LA «REVISTA NACIONAL» Y DON ANTONIO DE VALBUENA, por Carlos Martínez Vigil.—EL PODER ARBITRARIO, por el doctor don Pedro Bustamante.—LAS MEMORIAS, por Daniel Martínez Vigil.—UN DIA DE CAMPO EN GENEVA, por Fidelis P. del Solar.—ANTE LA HISTORIA, por José Enrique Rodó.—FRANKS, por Santiago Mariel.—LA VULGARIDAD DE LAZARO, por Isaac Gamba.—MONTARAZ, por Martiniano Leguizamón.—SINOPSIS, por Emilio Ferrissio.—HOMENAJE PÓSTUMO, por Constantino Becchi.—EL RIO DE LA MUERTE, por Horacio F. Rodríguez.—UN DOCTOR EN LA B. Y LA M.—CANDIDATOS, por Gonzalo La riera Varela.—CONGRESO CIENTIFICO LATINO-AMERICANO.—MEDICINA LEGAL, por el Dr. José Ferrando y Ocañdo.

A propósito de los "paliques" de Clarin

Clarín, el primero de los críticos españoles actuales, ha vuelto, siquiera sea por un momento, á su primera manera de crítica, es decir, á la crítica que informa sus libros *Sermón perdido...* y *Nueva Campaña*. Hace algún tiempo publicó un volumen rotulado *Palique* (primera serie), y desde entonces acá, en el *Madrid Cómico*, *El Imparcial* y *La Seta*, de Barcelona, no cesa de escribir esas críticas ligeras por la forma, pero profundas por las ideas, en las cuales zorra bravamente á las medianías y nulidades. Esto ha indignado á muchas personas que suelen indignarse ante la verdad. Tengo á la vista dos artículos insertos en revistas americanas. En uno de ellos el autor se vuelve contra los *paliques* que Clarín ha dedicado á Gedeón, y dice con tal motivo unas cuantas cosas muy fuera de lugar. En el otro se arremete contra el género de los *paliques*, en general, argumentándose que eso no es crítica ni cosa que lo valga.

Si os parece bien, hablemos amistosa y campechadamente del asunto.

¿Importa un retroceso en Leopoldo Alas este género de crítica?

No faltarán, seguramente, según lo prodijo el mismo Clarín en el prólogo de su libro *Palique*, espíritus rutineros, ó mudiocros, ó malevolentes, ó todo eso á la vez, que muy bien pueden succeder, que levanten las manos al cielo para contestar que sí á esa interrogación, y que juren mil veces por la salvación de su alma que un hombre que ha publicado libros serios como *Mezclilla* y *Ensayos y Revistas* no puede volver á los *Solos*, *Sermón Perdido* y *Nueva Campaña*, sin dar una prueba terminante y elocuentísima de decadencia, pobreza intelectual y mal gusto. Pero, á los que tal digan, en vez de contestarles esto que escribe el mismo Leopoldo Alas: «hágamos el favor de no precipitarse; la publicación de este volumen no quiero decir que no vuelva á escribir crítica sin sátira y todo lo psicológico-sugestivo y hasta *antobiográfica* que pueda», yo les diría todo, sin perdonar detalle, lo que se va á leer á continuación.

En primer lugar, ¿qué es lo que se entiende por crítica? No propodamos definiciones abstractas; allá va una muy sencilla y al alcance de todas las inteligencias, como que es, según entiendo, la exacta traducción de la idea del público: crítica es la opinión ó el juicio que el espíritu se forma respecto á una cosa y sus cualidades. Luego, si juzgando un hecho histórico, un descubrimiento científico, una costumbre social, un principio de derecho, decimos que se hace, por tal manera, crítica histórica, científica, moral ó jurídica; cuando nos reframamos al arte diremos que ejercitamos la crítica artística si damos juicio ó opinión sobre las bellezas y defectos que caracterizan tal ó cual obra. Es, pues, lógico que la persona que ejerce de crítico tiene ante todo que conocer la materia que trata: y en efecto, nadie juzga ni da su opinión sobre lo que no entiendo, á no ser un Don Herminógenes ampliado y corregido.

En esto análisis que representa todo juicio ó crítica hay, como se comprende, dos elementos primordiales: el conocimiento de la materia sobre que versa el juicio, ó sea el elemento científico, y la interpretación intelectual que se da á la obra juzgada, ó sea el elemento artístico. Es obvio tratar de demostrar esto que todos sabemos así como un hombre que no conoce matemáticas jamás resolverá un problema de trigonometría esférica, ú otro que no distingue una corchea de una semifasa jamás escribirá la partitura de una ópera, así el que no sepa las reglas gramaticales y retóricas nunca estará libre de una concordancia vizecaína ó de un barbarismo cualquiera. Siendo esto así, claro está que el que ejerce de crítico tiene que conocer, tanto ó mejor que el mismo artista, las reglas que presiden á su arte. ¿Significa lo dicho que el crítico tiene que ser capaz de ejecutar la obra que critica, según pretenden algunos? No, señor; el sentido común y el buen sentido, que es el mejor indudablemente, nos dicen que, de acuerdo con la idea apuntada *ut supra*, al crítico sólo le basta conocer las reglas y prin-

cipios para aplicarlos á las obras literarias y saber así si éstas realizan ó no la belleza.

Ahora, si á este elemento científico—vale decir, la instrucción técnica de que debe lastrarse todo crítico concienzudo—agregamos el elemento artístico, tendremos caracterizada acabadamente la crítica. ¿Y cuál es el elemento artístico? Es el trabajo intelectual, la función sugestiva que debe hacer el hombre para comprender la obra de otro hombre. No basta conocer las reglas que dirigen al arte pictórico, por ejemplo; hay que saber también aplicarlas, como se comprende. Sería ridículo el crítico que tratara de descubrir las bellezas de la pintura veneciana en un cuadro de la escuela holandesa. Hay que saber interpretar la idea que inspiró la obra y cotejarla con la manera como se la ha realizado; estudiar las circunstancias que dirigieron su formación y el modo como ellas modificaron los principios técnicos preexistentes; y hay que saber, en fin—y está es la razón por la cual nos explicamos el que no todos resultan críticos,—sentir lo bello.

Fundar el juicio en los principios y reglas que son la base del arte y sentir y descubrir lo bello allí donde se encuentre, tales son las cualidades del buen crítico; y nada importa que él no sea capaz de ejecutar la obra que censura: ésta será mala si el crítico prueba con razones científicas y artísticas que lo es, aunque no sepa hacerla él mismo.

¿Y qué deduciremos ahora de todo lo dicho? ¿Llegaremos á afirmar con los que trinan contra el género de los *paliques*, que esta crítica no es artística ni verdadera crítica? Recordemos las reflexiones precedentes, y ostaremos habilitados para rechazar ese parecer. Hemos dicho que la crítica se funda en dos elementos: el científico y el artístico; ¿y qué otra cosa que crítica científica, técnica, de reglas y principios es esta que se ha dado en llamar *crítica gendarme*, esta que caracteriza los *paliques* de Leopoldo Alas?

Será muy moderno, y todo lo que se quiera en el orden de las excelencias, eso de examinar una obra desde el punto de vista filosófico, y establecer proyecciones generales, y sentar conclusiones sugestivas, y buscar el ideal de la belleza ó el temperamento del mismo autor al través de su obra: esto es lógico, es corriente, es necesario, como que es crítica puramente artística;—pero convengamos también en que igual lógica, igual necesidad y mayores utilidades aún se pueden sacar de la crítica puramente científica, de la crítica á lo Horacio, Johnson, Malherbe, Boileau, Hermsilla, que persigue los gapeos ó infracciones de las reglas preestablecidas, depura el camino, cultiva el buen gusto y abre paso á las obras sanas, robustas, bellas, á esas obras que merecerán el examen de la crítica artística. Tan legítima es una crítica como la otra, y ambas se complementan y coexisten.

Los ataques que se dirigen contra la crítica que se funda en las reglas están basados en el

error, muy generalizado ya como todos los errores, de que la crítica en su evolución no puede revestir á un mismo tiempo ó en una misma época dos formas distintas. Se dice: la crítica empezó por ser gramatical, luego histórica, más tarde erudita, y así sucesivamente sociológica, científica, artística, liberal, impresionista, etc., pero en los tiempos que alcanzamos ya no puede manifestarse atávica volviendo á cualquiera de las formas pasadas. Estamos de acuerdo en que la crítica evoluciona; ella también tiene que pagar tributo al progreso indefinido; mas en lo que no estaremos nunca de acuerdo es en que debemos rechazar las verdades conquistadas, las cosas buenas adquiridas y que no han sido destruidas ó reemplazadas por otras cosas ó verdades, sino ampliadas y completadas. ¿Qué tiene que ver la crítica artística con la *policiaca*, si no es para completarla? ¿Reemplaza ésta á aquélla? No; son dos críticas distintas, igualmente necesarias, por igual interesantes, de resultados al par benéficos. Si la crítica artística, en vez de ser lo que es, fuera una crítica científica mejorada, supliría las funciones de ésta y no hablaríamos más; pero como su índole es distinta y deja campo libre á la otra, y como, por otra parte, todavía siguen escribiendo muchos saltadores artísticos, más en número que antaño si cabe, no hay razón para desterrar la crítica *policiaca*, la crítica científica exclusivamente.

La última razón apuntada, por sí sola bastaría á justificar esa crítica que informa los *paliques* del autor de *Su único hijo*.

Es inconcebible el número de malos trabajos que hoy se escriben, para luego dárnoslos por obras de arte geniales y valederas. Una persona que ignora las más elementales reglas de gramática se levanta un buen día (ó mal día, para nosotros los lectores); encuéntrase á sí misma talento, y siendo tan ignorante como el día anterior, júzgase capaz de escribir obras inmortales. Y no bien se lo ha dicho, ó antes aún, apenas lo ha pensado, pónese á escribir, y arromete contra el arte, la gramática, el sentido común y la paciencia del público. Después resulta que su engendro cae entre las manos de un crítico *policiaco*, de uno de esos rancios críticos que no conocen otra cosa que las reglas, y que éste encuentra que el autor no sabe medir versos, ó que encaja un ripio ó diez por estrofa, ó que pronosa solecismos y barbarismos en párrafos huérfanos de todo régimen y construcción, ó que escribe: «el libro tal se *rotula*», «fulano se *apercibió* que era seguido», «bebió una *senda* copa de agua», etc., etc. Y entonces el novel autor, ante semejante crítica, vocifera indignado: «¡Esto no es crítico! ¡Es una imbecilidad volver á la crítica de Aristóteles! ¡Adónde vamos á parar? ¿Quién habla ya de gramática? Nuestra época, las ideas adquiridas, los progresos alcanzados ordenan que las obras sean juzgadas según sus tendencias, según sus fines, según un ideal que no puede prescribirse acabadamente, pero que existe, que no puede negarse!... Mi obra estará mal escrita, ¡qué importa! ¡pero es artística!»

No, señor; no es artística... por eso, porque está mal escrita. Demos de barato que su ideal sea sublime en grado superlativo, que sus tendencias no puedan ser mejores; todo lo que se quiera: si la obra está mal escrita, será mala. Y no hay vuelta que darle. ¿Cómo juzgaríamos á un escultor que, en un pueblo esclavo, por ejemplo, hiciera la estatua de la libertad con un bra-

zo más largo que el otro, ó con los ojos en posición asimétrica? Sería muy noble y muy elevada su idea; serían muy dignos de encomio su patriotismo y los fines perseguidos; pero la estatua no dejaría de ser un mamarracho.

Precisamente, por la forma es por lo que viven todas las obras artísticas de la antigüedad. La idea, según las verdades que hoy poseemos, tiene un valor relativo. ¿Qué nos importa el Olimpo? ¿Creemos, acaso, en la mitología? ¿Representan algo, para nosotros, los tiempos heroicos de Grecia? ¿No nos movería á risa el poeta que nos contara que el Amazonas ó el Nilo habían bajado del cielo? Y, sin embargo, hoy como ayer admiramos el poema de Homero, donde los dioses bajan hasta las rencillas de los hombres, y admiramos la leyenda de Prometeo narrada por Esquilo, y nos deleitamos con el poema de Valmiki, ese *Ramayana* en el cual se nos describe la bajada del Ganges á la tierra por la súplica de Bhagiratha. Es que en todas estas obras, y en las similares, no examinamos la idea, sino la forma, y ella, por sí sola, basta á hacerlas inmortales. Y lo dicho aquí es aplicable á todas las modernas. ¿Cuántos libros no viven más que por el mérito de su estilo? Tendríamos para llenar algunos centenares de cuartillas si tratáramos de enumerar los títulos de las obras que han merecido el visto bueno de la crítica científica, de esta pobre crítica *policiaca* que *Clarín* ha utilizado en sus *paliques*.

¡Feliz día aquel en que esta crítica no sea necesaria! ¡Momento glorioso y de regocijo para el Arte ese en el cual se declare innecesaria y muerta la crítica gramatical! Entonces habrá llegado el suspirado instante en que el Parnaso no se vea asaltado por los grafomanos; entonces sólo los buenos coronarán su frente con mirros y pulsarán la lira de oro junto á la castállica fuente. Y entonces, únicamente entonces, la crítica artística subsistirá sola.

En tanto llega esa hora ansiada, si es que ha de llegar, que lo dudo mucho, aceptemos este género de crítica tan rudamente atacado por aquellos... que escriben mal, y convengamos al mismo tiempo en que el hombre que la ejerce deba ser tanto más alabado cuanto ella reporta pocos lauros, y enemistades, odios y venganzas á granel.

Éste es el único daño que trae la crítica *menuda* ó *gendarme*, como se quiera, y no para el arte, al cual sólo reporta provecho, sino al escritor que de ella se sirve. *Clarín*, durante más de veinte años, ha estado en la brecha, fiscalizando las obras de sus compatriotas; y ya puedo calcularse por este solo detalle á cuánto ascenderá el número de los que quisieran verlo crucificado. Por esto mismo, por ese odio que se le tiene—odio ruin que ha llevado á los gaceterillos á silhar una obra excelente como lo es con seguridad el drama *Teresa*,—los que hacemos un culto de la sinceridad y veneramos todo aquello que trae un beneficio para el arte, debemos poner las cosas en su lugar y dar la palma del mérito á aquel que se la ha sabido conquistar en buena lid y tras rudos é improbos esfuerzos.

Bastaría recordar las primeras críticas de Leopoldo Alas, los nombres de los autores que en aquel entonces fustigó despiadadamente, y fijar la atención en los apellidos hoy ilustres en el mundo intelectual, para convencerse de ese triunfo: Velarde, Cavestany, Grilo, Calcaño, Retes y Echevarría, Suárez Brabo, etc.,

trataron un día de escalar todos los *gradus ad panassum*, y no faltaron críticos y periodistas de su talla intelectual que les discernieran los títulos de eminentes ó insignes escritores, genios y lumbreras; ¡qué sé yo! Tan sólo *Clarín* se atrevió á emplear la crítica fundada en las reglas y á decirles cuatro verdades muy amargas y muy duras, y sabe Dios las maldiciones y rencores que se habrá echado encima. Algo así, aumentado y corregido, por supuesto, de lo que á mí mismo me ha sucedido por meterme en la misma tarea respecto de mis compatriotas. Pero los años vuelan, transcurre el tiempo, pasan las amistades, se olvidan los odios, y otra generación, independiente de las anteriores, y que puede por lo tanto ser juez imparcial, pronuncia su fallo. ¿Á quién favorece ese fallo? ¿Á quién da la razón, á *Clarín* ó á sus criticados? Es fácil averiguarlo. Veamos quién recuerda cómo se llamaba la obra maestra de Sánchez de Castro,—quién cita una composición de Ferrari,—quién sostiene el triunfo del canto de don Cándido Ruiz Martínez,—quién se atreve á defender *Guerra sin cuartel*,—quién, en fin, menciona á Eguilaz, Rubi, Balaguer, Mariano Catalina, Luis Alfonso, Velarde, Cavestany, etc. Nadie! Son genios olvidados; son obras maestras *fencidas*... En cambio, hoy viven, se imponen y salvan gloriosamente las fronteras de su patria, para reinar en todo el mundo intelectual, Tamayo, Zorrilla, Echegaray, Alarcón, Pereda, Pérez Galdós, Campoamor, Valera... todos, todos los que habían escapado á la crítica *gendarme* del autor de *La Regenta*.

Pero antes de lograr este triunfo, ¡cuántas luchas, cuántos vejámenes, cuántos sinsabores! No sin peligro se dice públicamente que Fulano es un mal poeta y que Mengano escribe unos dramas sin interés, sin habilidad y sin arte. Jamás se ha dado el caso, entre los poetas chirles, los dramaturgos sosos y los novelistas adocenados, de que reconocieran la justicia de la sátira empleada á su respecto.

El cuadro desconsolador que sobre el mundo iliterario de Madrid nos pinta *Clarín* en el epílogo que sirve de prólogo á *Sermón perdido*... todavía vive en nuestros tiempos, aumentado y empeorado si cabe, y la crítica militante que en la obra citada discurre, antójásenos aún ineficaz para expurgar el terreno de las mediocridades que profanan el campo del arte. Las nulidades se enseñorean del Pindo y pretenden rebajar la gloria de los verdaderos maestros. Mientras Pérez Galdós hace representar *Los Condenados* y todos los envidiosos é incapaces le silban la obra, tal vez para humillar al creador de los *Episodios Nacionales* y rebajar la gloria del triunfante novelista, cien escritorzuelos de esos que no parecen seres humanos por las tonterías que ejecutan, se ven alabados por otros cien críticos traducidos de los ídem franceses. Mientras nadie lee á Valera, al gran Valera, ó á Menéndez y Pelayo, que más que crítico es un sabio, y entre los jóvenes á Palacio Valdés, que tiene que vender sus novelas en el extranjero, ó á Picón, que es muy talentoso, etc., etc.; mientras nadie se entera de que estos señores existen, digo,—los Pando y Valle, Fernández Shaw, Lasala, Torono, Modesto Fernández y González, Jove y Hevia, el P. Mir, Fabié, etc., se multiplican como los abrojos en el campo, y en un día escalan el templo de la gloria y se hacen inmortales. ¡Inmortales? Vamos á ver, ¿quién es el erudito que sabe decirnos quién son Fabié, Pando

y Valle, Modesto Fernández y González y congéneres?

Y un hombre patriota, un hombre sincero, un hombre que ame el arte como debe amarse, con fe y desinteresadamente, ¿puede consentir en semejantes herogías? Esto es lo que ha debido preguntarse Clarín al contemplar tantas mediocres engraidas y tantos literatos de buena cepa desconocidos.

Y al responderse negativamente, el autor de *Pi-pá*, que entre muchas excelentes cualidades tiene la del valor de sus convicciones, empezó su campaña crítica con bizarría, con coraje; luciendo la sagacidad de su espíritu para sorprender los errores de detalle y los gazaros gramaticales; ostentando ese humorismo y esa sátira que han debido producir en el criticando escozores terribles y llagas incurables; ejercitando, en fin, los poderosos recursos de su vibrante ingenio, los de su odio contra la necedad humana, y hasta los de la fuerza brutal de la burla, que hunden por siempre á los dioses de barro.

¿Que es ésta una crítica mordaz, feroz, despiadada? Y pregunto yo: ¿qué otra crítica semejecen esos poetas que atentan contra el arte con premeditación, alevosía y en-añamiento? Está bien que á un hombre de talento, á un escritor que ha producido obras excelentes, se le aplique esa crítica que caracteriza la segunda manera de Clarín—es decir, esa crítica artística que con generalizaciones sabiamente dirigidas y utilizando todas las fuerzas del pensador y todos los detalles de la ciencia, señala el carácter de un libro, el temperamento de un escritor, el sello característico de un estilo, la nota dominante de una obra; — pero al escritorzuelo pedante y tonto, á una verdadera nulidad, ¿cómo se le ha de tomar en serio?

Está claro que no todos se atreven á llamar las cosas por su nombre, y de ahí que los verdaderos maestros, los críticos que mejor podrían hacerlo, los Valera, los Menéndez y Pelayo, no existen ni dignan esta boea es mía en semejante asunto; y de ahí, también, que los Palacio Valdés y los Federico Balart hayan abandonado la tarea y se dediquen á otra de más provecho... personal. Siendo esto así, ¿qué elogios no se deben á quien, como Leopoldo Alas, ha afrontado por tanto tiempo las odiosidades y rencores que proporciona este oficio, y qué alabanzas no se merece el hombre que, sacrificando las propias conveniencias, ha buscado, por simple amor á lo bello, el provecho y el engrandecimiento del arte? ¿Recuerdan Vds. aquella «Carta á un sobrino, disuadiéndole de tomar la profesión de crítico», que está en *Nueva Campaña*? Pues la filosofía que se desprende de esa página admirable, como la que se desprende del artículo «Á muchos y á ninguno» (*Merzillo*), ó de la «Revista Literaria de enero de 1890» (*Ensayos y Revistas*), ó del citado prólogo de *Sermón perdidido*... sirven para enaltecer á su propio autor y dar la medida del mérito de su tarea.

VICTOR PÉREZ PETIT.



CONFIDENCIAS EPISTOLARES

CHILE Y EL URUGUAY.—LA «REVISTA NACIONAL»
Y DON ANTONIO DE VALBUENA

Montevideo, 25 de Junio de 1897.

Señor don Fidelis P. del Solar

Santiago.

Distinguido señor y amigo:

He cumplido con su encargo relativo al joven autor de *Perfiles literarios*, Juan Francisco Piquet, quien tiene el más alto concepto formado de Chile y de sus hombres, y ha creído rendir un respetuoso homenaje dedicando un ejemplar de su opúsculo á escritores de su significación y valía. Como el sincero apreciador de U. que lo molesta con sus cartas, Piquet está convencido del importante papel que el porvenir reserva á Chile en el desenvolvimiento de la cultura de América, y anhela estrechar vínculos que mucho nos honran y enaltecen.

Con ello no hacemos más que obedecer á simpatías que hoy no son nuestras, sino de nuestro pueblo. Hay en verdad entre nosotros lazos más estrechos que los consistentes en cortesías internacionales: yo los veo en conversaciones privadas y en detalles al parecer insignificantes, denunciadores sin embargo de una gran consideración, de un gran respeto y de una grande estima por la gloriosa nacionalidad chilena.

Razón tiene mi hermano Daniel, cuando en correspondencia privada ha dicho á un periodista de ese país: «Hijos ambos de pueblos de una misma sangre, con iguales tradiciones, análogo lenguaje y un porvenir común—puesto que si la solidaridad de la causa de la independencia reunió en lo pasado á las agrupaciones sociales de América, mayor solidaridad ha de reunir las en lo venidero, en las luchas redentoras de la gran causa humana.—U. y yo, decia, y con nosotros todos cuantos bregan por el triunfo definitivo del progreso, tenemos una misión que cumplir: aproximar á nuestras patrias por el pensamiento y ligarlas con los estrechos lazos de una verdadera, de una bien entendida fraternidad.»

Por mi parte, yo me enorgullezco de haber contribuido, si bien en pequenísima esfera, á esa unión más estrecha cada día entre nuestras naciones, unión cuyas felices consecuencias en lo futuro apenas si podemos hoy vislumbrar. Sí, amigo mío; considero uno de mis mayores títulos y un envidiable honor la amistad de hombres como U., Valderrama, de la Barra, Amunátegui, Cabezón, Guevara, Newman y tantos otros chilenos distinguidísimos que me favorecen con su confianza y con pruebas de distinción que ciertamente no merezco, pero que estimo en lo mucho que valen.

Pero hoy creo tener un título más á la consideración de los americanos, y debo hacer conocer á U. el honroso testimonio recibido.

Antonio de Valbuena, el mismo que habla con el mayor desprecio de Jovellanos, Quintana, Lista, Bécquer, Valera, Pérez Galdós, Echegaray, Núñez de Arce, Menéndez y Pelayo, Benot, Tamayo, Balart y la

Pardo Bazán; el mismo que ha injuriado á Olmedo, Montalvo, Andrade, Esteban Echeverría, Manuel M. Flores, Gutiérrez Najera, Miguel Antonio Caro, de la Barra, Díaz Mirón, Palma, Darío, Nercasseau y Morán, Oyuela, Peza y Obligado; el mismo que ha profanado la memoria de Bello, acaba de publicar un artículo, por decirlo así, contra nuestra REVISTA, en un periódico español que sale á luz en Buenos Aires.

Yo no me quejo de estas cosas: se las menciono solamente, para que aprecie U. la justicia con que ese señor, de quien sólo he dicho con evidente cortesía que es uno de los espíritus más estrechos que he conocido, aplica la crítica literaria. Dígame U. si valdría ó no la pena de inventar un específico exterminador contra estas ratas de la literatura, á quienes creo haber retratado alguna vez.

Esto le demuestra á U. que nada valen el esfuerzo ni ¿por qué callarlo? ni la inteligencia puesta al servicio de la más desinteresada de las causas, contra esta oculta atracción de la ignorancia y del demérito, no tan mencionada pero sí tan cierta en el mundo moral como en el dominio de lo físico la atracción de los cuerpos de electricidad contraria. Esto le demuestra á U. que el mayor de los milagros sería hoy, no separar las aguas de un mar, ni multiplicar panes y peces, ni resucitar muertos, como antes se creía, sino lograr que la impotencia juzgue las obras del talento y del trabajo que honra; hacer capaz á un Valbuena, por ejemplo, para percibir lo noble, lo desinteresado y lo grande.

Yo no extraño ni lamento que ese caballero halle mala nuestra REVISTA; lo que lamentaría en extremo sería precisamente lo contrario: que él la encontrara en su paladar y gusto. La REVISTA NACIONAL, juzgada con gran favor por hombres de la talla intelectual de Leopoldo Alas, Eduardo de la Barra, Ricardo Palma, Adolfo Valderrama, Carlos María Ramírez, Carlos María de Peña, Eduardo Acevedo, Francisco Bauzá, Rafael Obligado, Rubén Darío, Rafael Merchán, Martín García Mérou, Enrique Gómez Carrillo, Samuel Blixén, Daniel Muñoz, Enrique Nercasseau y Morán; por U., señor Solar, y mil otros cuyos nombres acuden á los puntos de mi pluma; publicación ensalzada unánimemente por lo más digno y caracterizado de la prensa de América, puede en verdad vivir sin el elogio de un don Antonio de Valbuena, que no tiene decididamente partidarios sino entre los pobres de espíritu.

Es curioso el contraste que forman la opinión del autor de los *Cuentos de barbería* y la del eminente crítico español Leopoldo Alas. La verdad es que tiene gracia que aquél asevere que «esto de saber donde hay diptongo y donde no le hay está muy por encima de la inteligencia y de la instrucción de los uruguayos,» después que el severo Clarín ha dicho en uno de sus amenísimos *paliques*: «En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan á los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura. Pero hay una, que no es decadentista, titulada REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, que se publica en

Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta, seria, original e ilustrada.)

Un señor como Valbuena, que no sabe que el verbo *deber* seguido de la preposición *de* indica probabilidad y no certeza ó precisión de que suceda una cosa; que dice *comible* por *comestible*, lo mismo mismísimo que algunos pilluelos de estas regiones; que escribe uniformemente *chavacano, centigramo, centilitro, óxido de plomo, á rosa y belloso, Iliada, espúreo, álito, acostumar á, latinista, antidiluviano, hacer el amor, por chabacano, centigramo, centilitro, óxido de plomo, á rosa y veloso, Iliada, espurio, hálito, acostumar, latino, antediluviano, enamorar*; que usa los complementos *excepción hecha de y por de pronto*, en vez de *á excepción de, por el pronto ó por lo pronto*; que critica el uso del verbo *arder* como activo, pero en cambio emplea galicanamente *extrañarse* por *extrañar* y conjuga lo mismo *vaciar* que *extasiarse*; que ignora las diferencias existentes entre las frases *al mismo tiempo y á un mismo tiempo, sentar plaza y pasar plaza*, diferencias que las advierten los niños de nuestras escuelas; que ni siquiera escribe con propiedad los apellidos ilustres de Littré y Larousse; que no está más adelantado que nuestras cocineras en el uso propio de los pronombres personales; que no sabe medir un verso, porque desconoce el valor ortológico de las palabras y elementales, elementálsimas reglas de la métrica; Antonio de Valbuena, digo, no es nadie para juzgar de la intelectualidad uruguaya, cuya existencia con injuriosa estulticia pone en dada.

Y el mismo caballero, que en punto de historia de América está como el ciego en el capítulo de los colores, para valerme de una frase de la Pardo Bazán á él relativa; que odia y combate por sistema toda tendencia liberal del espíritu; que es incapaz de entusiasmos por los hombres que han sacrificado su vida en aras de la libertad de los pueblos, escribe con el mayor deslén sobre nuestras cosas más sagradas, y no tiene en su vocabulario otro epíteto que el de *libertadorcillos* para San Martín y Bolívar, esas dos inmortales figuras de la gloriosa, de la homérica epopeya americana.

No vaya á creer U. que nuestra opinión es opinión del momento, hija del despecho y no de un convencimiento íntimo. Los miembros de la Redacción de la REVISTA hace tiempo que han manifestado públicamente sus opiniones sobre Valbuena y su sistema de crítica literaria; hecho que, por sí solo, sería suficiente á explicar por qué Valbuena halla mala nuestra publicación, que no sería mucho mejor si la encontrara buena Valbuena. Víctor Pérez Petit ha dicho, en efecto, ha varios años en un diario de esta capital, con verdad profunda: «Indudablemente que si se confunden crítica y sátira, nos vamos en derechura al reino de los desatinos, y los proferiremos á granel. Esto es lo que les pasa á los que aplauden los escritos de Valbuena, crítico que amenaza sus tremebundas zurribanjas con exclamaciones de comadre de barrio. Los lectores imparciales, serios é inteligentes que examinan los *Ripios*, no pueden menos de exclamar, al concluir de leer la última línea

de aquellas burlas que nada enseñan ni nada corrigen: ¡Cuán bueno será el poeta, cuando tantos insultos le prodiga este criticastro!» José Enrique Rodó, en un artículo inserto en el tomo primero de la REVISTA, ha llamado con gráfica exactitud á ese sistema literario «MEZQUINO Y PERNICIOSO» cuando se le convierte en exclusivo, y ha dicho de él que «genera la CRÍTICA ESTRECHA DE CRITERIO Y NULA DE CORAZÓN.» Y en cuanto á mí, vea U. cómo me expresaba en el número 32 de la misma REVISTA refiriéndome á una palabra del lenguaje de América: Antonio de Valbuena, ESPÍRITU ESTRECHO SI LOS HAY, censara la dicción en sus *Ripios ultramarinos*. Ignora, por lo visto, que Salvá, hace más de medio siglo, la mencionó en su Diccionario.

Insisto en lo mismo que he sostenido en otra ocasión. Para linear adefesios como quien caza venados, puede bastar la vista ejercitada de un dómine ó formulista cualquiera; mas el ejercicio de la crítica filosófica y científica, con miras elevadas y competencia suficiente, tarea es que las naciones cultas reservan para los hombres que campan por sus talentos y erudición. Pero la misma crítica menuda no sería verosímelmente de resultados tan malas si, como acontece con otras algunas cosas, caída en manos ineptas no constituyese una verdadera amenaza social; porque en tal sistema de crítica, contrario á todas las conclusiones filosóficas de nuestros días, la gran mayoría de los escritores en fáfara que lo profesa no teme llevar el análisis á un pernicioso límite y emplear como propio un lenguaje tabernario y cerril, según pudiera demostrarse con infinitos ejemplos. Para fin tan edificativo todo es lícito y conducente: hasta el equívoco inmoral y vil con nombres dignos de respeto, hasta la afrenta moral de la mentira, hasta el arma ratera del insulto, hasta la ignominia disolvente de la calumnia, hasta el opprobio literario de la ignorancia en la crítica!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

EL PODER ABSOLUTO

El poder absoluto: ése fué el verdadero filtro que enloqueció á Caligula, y ése el ariete que, golpe tras golpe, demolió y redujo á polvo al antiguo coloso romano.

Cuando les llegó á los Bárbaros el turno de las invasiones y de las conquistas, todo lo que tuvieron ellos que hacer para derribar el soberbio edificio, ya minado en sus cimientos por el despotismo de los Césares, fué sacudir sus paredes.

Sí, todo hombre necesita un freno que contenga sus pasiones; todo poder, sean cuales fueren las virtudes personales del que lo ejerza, ha de tener límites, si no se quiere que, por la naturaleza misma de las cosas, la autoridad degeneren en tiranía. Poned todo poder en manos de un santo, y no extrañéis si hacéis de él un demonio. Esa es la eterna enseñanza de la historia.

¿Qué esperamos nosotros para sacar provecho de esa enseñanza?

Hace ya cuarenta años que, con brevísimos intervalos de orden y de libertad, venimos cambiando de déspotas que sólo han servido para oprimirnos y deshonorarnos. Nuestra propia experiencia, tan caramente comprada, ¿no nos será más provechosa que la de otros pueblos que nos precedieron en el escenario del mundo? ¿Será cierto acaso que los hombres no escarmenten en cabeza ajena, pero ni siquiera en la propia?

Víctimas siempre del despotismo, no acabamos de convencernos de que él no puede dar á los pueblos otra cosa que abyección y servidumbre, y nos obstinamos en pedirle los opimos frutos de la libertad, como si Dios nos hubiera dado ojos para no ver y oreas para no oír.

Que no se me vengan encareciendo los beneficios que, por excepción, haya podido proporcionar el poder absoluto á uno que otro pueblo, en un brevísimo período de su existencia. Esos beneficios, tarde ó temprano se pagan, y á muy alto precio, pues ocultan siempre una dosis de veneno que, infiltrándose en el cuerpo social, labran poco á poco y acaban por destruir su economía, como ciertos medicamentos labran y destruyen la economía del cuerpo humano. Todas las virtudes, todos los talentos y toda la habilidad de Trajano, Antonino y Marco-Aurelio, fueron impotentes para atajar la decadencia de la Roma imperial é impedir la muerte á que estaba fatalmente condenada.

Esa pretendida libertad ó liberalidad, que no pasa de ser una concesión graciosa del poder, no es libertad, sino la falsa moneda de la libertad. La verdadera libertad estriba en poseer instituciones libres conquistadas por la acción también libre de los pueblos. Las libertades otorgadas por el favor ó la largueza de los que gobiernan, me recuerdan aquellas otras liberalidades que los señores romanos dispensaban á sus esclavos en las fiestas de Baco ó de Saturno, y que duraban tan sólo lo que las fiestas.

Yo no me expondré á pecar por absoluto repitiendo con Sismondi que los pueblos jamás conquistan su libertad sino con la punta de su espada; pero afirmo que no la conquistan sino por su propio esfuerzo; por manera que el pueblo incapaz de ese esfuerzo no puede ser libre.

Sí, señores: la libertad es un tesoro demasiado valioso para que la Providencia les permita á los hombres adquirirlo y disfrutar de él á título gratuito, y he ahí por qué no debemos esperarla del esfuerzo ajeno, y por qué las sociedades que abandonan á un solo hombre la obra de su emancipación ó redención, no hacen en realidad otra cosa que condenarse á sí mismas á eterno vasallaje y á no salir de las manos de un amo sino para caer en las de otro amo.

La historia de todos los tiempos y países corrobora esto que ahora digo, pues si nos da á conocer los nombres de los héroes, de los conquistadores y de los déspotas ó tiranos que se han sucedido en los diferentes Estados del mundo, no nos da á conocer los nombres de sus libertadores. Los libertadores de los pueblos son los pueblos mismos.

Ni se arguya tampoco en contra de la libertad con sus posibles abusos, porque esa es la razón de los que no tienen razón y de todos los adversarios más ó menos embozados de las instituciones libres. Por una parte, digo que si la posibilidad de abusar de un beneficio ó de una cosa cualquiera fuera un motivo fundado para renunciar á ella, forzoso sería renunciar á todo, y por la otra observaré que los abusos mismos de la libertad deponen en favor de ella, pues no cabe abuso sino de aquello que en sí mismo es bueno. De lo malo se *usa*, pero no se *abusa*.

Por eso se puede abusar, y de hecho se abusa, de la libertad, que es buena, y por eso no se puede abusar del despotismo, que es malo, como que no es en sí mismo otra cosa que el abuso de la autoridad ó la muerte de la libertad. Por consiguiente, aquellos que repudian la libertad por temor de los abusos que de ella puedan hacerse, prefiriendo así un abuso presente y positivo (el despotismo) á un abuso futuro y eventual (la licencia), vienen implícitamente á dar testimonio de la excelencia de la libertad.

Pero no es eso todo. Contra los abusos de la libertad, hay un correctivo en la libertad misma, que como se ha dicho muy bien posee como la lanza de Aquiles la virtud de cerrar las heridas que ella misma abre; —mas contra el despotismo, ¿qué correctivo hay? —Uno solo, y las más veces tan ineficaz como odioso y arriesgado: el que si pudo libertar á Roma de la tiranía de César, no pudo preservarla de la tiranía de Augusto y sus sucesores: el puñal de Bruto. Es cierto, Bruto mata al tirano, pero no á la tiranía, que por la mano de Octavio asesta en Filippus su último golpe á Bruto y á la libertad, como si esta última repugnase verse salvada por semejante medio.

Dadme, sí, dadme la libertad, cuyos abusos son contingentes y susceptibles de fácil y pronta represión; no me deis el despotismo, cuyos inconvenientes son necesarios, y muy difíciles, cuando no imposibles, de curar. Éste será siempre el voto de toda alma verdaderamente libre: ése es el mío.

En poseer instituciones libres, y en saber defenderlas como el supremo de los bienes, en eso estriba el honor y la libertad de un pueblo. Los pueblos que no las poseen, ó que como nosotros no las defienden, sean por cobardía ó porque no conocen su precio, no son libres sino de nombre.

El pueblo que así colma hoy la medida de las iniquidades, apróntese para apurar mañana el cáliz de las expiaciones.

Sed lex, dura lex. Ésa, y no otra, es la ley de la historia. No, los anales del mundo conocido no ofrecen ejemplo de sociedad alguna que impunemente haya roto con los eternos principios de la moral, y abdicado en manos de caciquillos despreciables su libertad y sus derechos. Sin moral no puede haber sociedad propiamente dicha, y la resignación á la servidumbre es todo menos una virtud, todo menos un título al favor de la Providencia ó un medio práctico de alcanzar la felicidad. La prosperidad, la gloria y la grandeza de los pueblos, ha de ser la obra de ellos mismos, y no la obra de sus mandones.

Cierto, el espectáculo de nuestros infatigables de naturaleza á desgarrar el corazón más duro; pero cuando se entra á reflexionar seriamente sobre lo que hemos hecho ó consentido y lo que seguimos haciendo ó consintiendo, con vergonzosa resignación si no con cínica complacencia, yo pregunto si no debemos inclinar la frente sobre nuestro pecho, y decir como Ampère al recordar la entrada de Alarico en Roma: Paso, paso á la justicia de Dios! Porque, seamos francos, si mucho es lo que sufrimos, mucho es también lo que hemos pecado; y ¿qué sería de las sociedades y del mundo, si á la culpa no se siguiera el castigo?

Lo peor de todo es que cada día que pasa nos alejamos más de la playa salvadora y nos engolfamos más y más en los abismos del mal. Un paso, medio paso más, y diremos como el Satán de Milton: *Mal! sé tú mi bien.*

Nuestra ofuscación no es tánta, que estemos contentos con nuestra suerte; no es tal, que no nos permita ver la realidad de nuestros males; pero con todo que los vemos y palpamos, nada absolutamente hacemos para ponerles término, ó porque no acertamos á descubrir sus causas, ó lo que es más probable, porque nos hemos identificado con ellas á tal extremo, que para removerlas tendríamos que reaccionar contra nosotros mismos y renunciar á lo que ha llegado á sernos tan caro como la vida, y mucho más caro que la patria: la libertad y el honor. *Mal! sé tú mi bien.*

Aun entre aquellos que aciertan con esas causas, ¡qué contados serían los que osasen hacer el más leve esfuerzo para combatir la epidemia reinante, y qué pocos son los que logran sustraerse á su letal contagio!

PEDRO BUSTAMANTE.

187.....

LAS REMORAS

A Guzmán Tapini y Zas.

¡Oh humanidad, que con tu ciencia aturdes!
Será por el saber tu esfuerzo vano,
mientras se crea en la visión de Lourdes
y se acate el poder del Vaticano.

Será por siempre la razón vejada,
mientras el mal invoque lo divino,
y aliente la pasión de Torquemada
ó el odio intolerante de Calvino.

De lo pasado el ideal vetusto,
lo venidero sembrará de dudas,
mientras la cruz se erija para el justo
y haya treinta dineros para Judas.

Mientras no tonga la justicia altares,
demandará la plobe en su delirio:
para Caifás, los triunfos populares;
para Jesús, la palma del martirio.

¡Oh humanidad, que con tu ciencia aturdes!
Será por el saber tu esfuerzo vano,
mientras se busque la salud en Lourdes
y el *Syllabus* inspire al Vaticano.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Un día de campo en Jénova

O SEA UNA VISITA A LA VILLA PALLAVICINI.

(Fragmento de mi diario de viaje)

Uno de los días mas completos de recreo que he tenido en Europa i que me haya dejado recuerdos mas agradables, fué el 18 de noviembre de 1862, comparable a aquellos de Venecia, en que me mecía en una góndola, recorriendo los canales i sus islas con un tiempo sereno i del todo favorable; a los días de Roma, en que visitaba las pintorescas quintas, que se conocen en Italia con el nombre de *villas*, siendo las Borghese, Doria-Panphili, Albani i la preciosa villa Torlonia las que mas me impresionaron; i, por fin, a aquellos de los alrededores de Nápoles, de Castelmare, Sorrento, Caserta i Pozzuoles.

El día a que me refiero salí de Jénova para la Villa Pallavicini, a seis millas de la ciudad, tomado por la puerta de L'Acqua Verde, en cuya plaza está el monumento del descubridor de América, Cristóbal Colon, i siguiendo el interminable caserío a la orilla del mar hasta la puerta de las fortificaciones exteriores. Desde este punto eché una mirada retrospectiva a lo que habia andado, i vi el puerto de Jénova en anfiteatro, presentando un conjunto encantador de edificios a la falda de los cerros. Los numerosos buques en la bahía presentaban un panorama tan bello como el de Nápoles. Pasada la majestuosa puerta, se alza el faro, como una torre gigantesca, dando frente a la bahía. Las fortificaciones están coarstruidas, mitad en la roca viva natural, i encima se elevan las gruesas e inespugnables murallas.

Jénova ha concluido aquí, pero el caserío continúa sin interrupcion a la orilla del mar formando una cadena de pueblos, que no se sabría donde concluye uno para seguir el otro: todos están en sucesion, bordados de *villas*, naranjales, viñedos, olivares, i se ven muchos buques en construcción. Pierdarena, Cornigliano, Sestri de Ponente i Pegli, a donde íbamos, eran en realidad un solo pueblo. En Sestri se trabajan continuamente buques: echado uno al agua, se comienza otro.

Desde la plaza del Acqua Verde en Jénova hubiéramos podido tomar el ferrocarril hasta Pegli i bajar allí hasta el pié de la Villa Pallavicini; pero preferimos el carruaje, para ver con detencion nuestro pintoresco camino i estar a nuestra voluntad. Pues bien, entro a la deseada Villa Pallavicini en el carruaje, como lo hubiera hecho el marqués, su dueño; entrego la esquila de permiso al portero; atraveso una calle de rosas por un camino suave, que va lentamente subiéndolo la falda de los cerros en que está situada la quinta. El jardinero, acostumbrado a recibir diariamente i por muchos años numerosos visitantes extranjeros, nos fué mostrando, con una amabilidad rara en esta jente, todo lo que esta encantadora quinta encierra de mas notable.

Desde luego me sorprendió un gran terrado de purísimo mármol, desde el cual

veía el mar tranquilo, las poblaciones inmediatas, i un conjunto de árboles todos verdes, que pertenecen a la propiedad. Los árboles son elejidos de entre aquellos que siempre conservan sus hojas: pinos de infinitas clases, entre los cuales se enseñorea nuestro alerce al lado del cedro del Líbano, laureles, encinas, etc. Por senderos perfectamente trazados íbamos subiendo insensiblemente, sin dar un instante lugar al cansancio, al aborrimiento, ni al calor. Agradables sorpresas nos aguardaban: ya un rico pabellon de mármol, adornado con estatuas de profesores, cuyo interior está pintado a la etrusca, con vasos etruscos en las esquinas i mesas, i está destinado exclusivamente para tomar el café. Mas allá un arco triunfal adornado con muchas estatuas, entre ellas la Abundancia i la Alegría. Se pasa el arco, i cambia por completo la ilusión: el mármol se convierte en ladrillo ordinario, i el paseante ve una casita arruinada, con un retablo de la Virgen en buena pintura, i los muebles correspondientes a la pobreza. Llego despues a un panteon, donde hai muchas tumbas de los grandes hombres que han muerto defendiendo el castillo que mas adelante vamos a ver. Al frente de estas tumbas un monumento gótico, dedicado a la memoria del señor del castillo, que pereció con estos grandes hombres pertenecientes a la familia. La ilusión es completa: las ruinas que se ven en las tumbas i los trozos de estatuas, tirados en el suelo, se acercan tanto a la realidad, que me creia trasportado a un panteon de la Edad Media. Continúo subiendo entre las preciosas arboledas, reposando por momentos bajo la sombra de pabellones rústicos, admirablemente dispuestos para una vista general altamente poética, i llevo al castillo sarraceno: penetro en su sala de armas, donde hai colgados viejos trofeos enmohecidos; en la cocina, donde se hallan los armarios cuidados como los mejores aparadores de un comedor, i luego un fogon de mármol, que invita a poner en él las ollas. A esto se agregan las salitas de trabajo, dispuestas con el mayor gusto.

Por una rica escalera subo a las almenas del castillo; penetro en un pabellon cerrado por cristales de colores, al traves de los cuales la naturaleza se me presenta bajo diferentes aspectos: ya de un color rojo que parece que me hallo bajo el sol de Senegambia, o en medio de un sitio presa de una horrible erupcion de algun volcan; ya bajo la apacible luz de la luna: así cambia instantaneamente la ilusión, segun el vidrio por donde se mira. Sobre este pabellon hai todavía una torre que domina todos los alrededores, i ahí me detuve algunos momentos admirando todo lo que tenia ante mis ojos.

Otras sorpresas me aguardaban al bajar del castillo: penetro en el hueco de una peña i me hallo bajo una gruta mágica de estalactitas de un tamaño prodijioso, formando una techumbre trabajada al parecer por hadas; al pié una laguna, donde me espera una barca; penetro en ella, i saliendo de esta gruta, veo en medio de la laguna clevarse un templo de Diana, custodiado por cuatro tritones, construido todo en mármol de Ca-

rrara de primera clase. Mis exclamaciones de alegría fueron repetidas al hallarme en aquel sitio encantador, en cuyas orillas se encontraban un obelisco ejipto, un kiosko chinesco, un puente rústico colgado, un pabellon turco con cojines de porcelana, donde reposé algunos momentos despues del paseo por la laguna, pasando tambien al pabellon de Flora i recreándome por algunos instantes en su pintoresco jardin. Entré despues a una glorietta rodeada de escanios sencillos de madera, i como por encanto vi salir por todos lados saltadores de agua, que me hubieran empapado, a no ser por la advertencia del guía, que en los dias de buen humor moja a dos o tres ingleses, sin que por esto se ofendan de un lijero rocío que los refresca.

Ademas de todos estos recreos monumentales, tiene la hermosa quinta un *carroussel*, un columpio, una rueda con sillas, que podria llamarse un *carroussel* vertical, i estos entretenimientos no son hechos a la lijera, sino sólidos, valiosos i de buen gusto.

Despues de esta agradable escursion que hicimos dando una vuelta por toda la quinta por sendas tan hábilmente dispuestas para no regresar por el mismo camino, i llegando al terrado de donde partimos, empezamos a descender una majestuosa escalera de mármol, de dos tramos, en medio de la cual corre una elegante fuente. En este terreno bajo tiene el marques Pallavicini su jardin botánico: muchas avenidas de naranjos i limoneros embalsaman el aire: allí se ve el árbol del corcho o alcornoque, varios pinos de Chile, que entre nosotros se desprecian por el de Nueva Holanda, Wellington, i otros; los invernaderos de plantas tienen la mayor parte de los árboles, arbustos i plantas de los trópicos; en fin, es un curioso espécimen, que a grandes desembolsos se ha conseguido reunir i completa el encanto de esta deliciosa mansion, admirada por los viajeros de todas naciones.

A pesar de todas las bellezas de las villas romanas, entre las cuales podria colocar en primera línea la Torlonia, ninguna llega a compararse por su reunion de recreos a la Pallavicini: las romanas son en jeneral museos de arte, poniendo como cosa secundaria lo que encierra la de que me ocupo. La Isola Bella, en las islas Borromeas, es por sí sola un encanto en conjunto; su palacio es mui superior al de Pallavicini, pero en cambio no tiene, como ésta, sus templos, sus grutas, su cementerio: la impresion es de otra especie; no se pueden hacer comparaciones; cada una en su jénero es una delicia.

Con sentimiento salí de la quinta para regresar a Jénova, i me parecia ser como un Adán espulsado del Paraiso.

FIDELIS P. DEL SOLAR.

Santiago de Chile.

ARTE É HISTORIA

(Á PROPÓSITO DE «LA LOCA DE LA GUARDIA», DE DON VICENTE FIDEL LÓPEZ)

La obra del eminente historiador argentino que, exhumada de los folletines del viejo *Nacional*, acaba de adquirir forma de libro en Buenos Aires, da en cierto modo carácter de actualidad al recuerdo de otra obra, tan poco leída hoy como memorable en los anales de la literatura de América: al recuerdo de *La Novia del Hereje*.

¿Por qué no buscar compensación á la tristeza infecunda de nuestra presente vida literaria, volviendo á veces los ojos á las cosas buenas y olvidadas del pasado, de un pasado tan lleno de inspiraciones y de ejemplos?

Dara siempre la oportunidad de los libros hermosos; y el silencio, en la suerte de la obra literaria, es camarada del olvido.

Eran los tiempos en que empezaba á manifestarse en el espíritu de nuestros pueblos, junto con muchos nuevos signos reveladores de ansiedad de saber y de cultura, el amor de los estudios históricos.

La época anterior — la de las luchas por la Independencia — no legaba, en rigor, ejemplos apreciables en ninguna otra forma de producción literaria que la elocuencia política y la lírica, — únicas manifestaciones del espíritu que habían podido ser toleradas en ella por la necesidad suprema y absorbente de la acción.

Ni el arte ni la filosofía de la historia de América podían reconocer precedentes en las páginas consagradas á narrar la crónica de la conquista y la dominación española, por la pluma superficial del Deán Funes, cuya literatura representa, en su tiempo, la persistencia del carácter propio de la cultura colonial, vivificada, en cuanto á las ideas y la crítica, por el espíritu nuevo, pero conservando sus formas características en la aridez desapacible del estilo, en la monotonía sin gracia del relato, y en el mérito de la erudición paciente y laboriosa, que es á la labor creadora y la manifestación original de la inteligencia, lo que la virtud pasiva y abstinentes del claustro á la eficiente virtud y la acción heroica de la vida.

La generación que sucedió inmediatamente á la que por primera vez aspiró aires de libertad; la que fué engendrada en el transcurso de la Epopeya de América, entraba á la vida pública bajo el influjo de una universal revolución de las ideas filosóficas y literarias, que ampliaba inmensamente el horizonte de su espíritu, y comunicaba nuevo impulso á toda actividad de su mente; y tenia además como estímulo poderoso para consagrarse al estudio del pasado, el poderlo contemplar con los deliquios de la gloria, con el sentimiento de la tradición de un suelo propio, de una patria libre.

Los dos grandes espíritus dirigentes de la marcha de aquella generación, los dos jefes de grupo político y literario, que con carácter y significado distintos en la direc-

ción de las ideas, — conservador el uno, innovador y revolucionario el otro, — trazaron rumbos á su pensamiento y á su actividad: Florencio Varela y Esteban Echeverría, buscaron inspiración y fundamento para su obra en el estudio de la historia de América, y procuraron con igual ahínco estimular en el espíritu de la juventud que adoctrinaban, el amor de los estudios históricos.

Echeverría, en la perseverante labor que le condujo á aquella grande idea de regeneración social y política que inspiró las iniciativas y los entusiasmos de 1837, y trazó en la mente argentina el « perfil definitivo de la nacionalidad », tuvo constantemente ante sí la tradición y el pensamiento de Mayo, para interpretarlos y buscar en ellos el principio que debía presidir al desenvolvimiento de las sociedades emancipadas, y la historia de la conquista y de la dominación española, como necesario antecedente del estudio de la obra revolucionaria.

Entre tanto, Florencio Varela procuraba templan, en su destierro de Montevideo, las amarguras del dolor cívico y de la proscripción, buscando en las lecciones del pasado el punto de partida para las soluciones del porvenir, y acumulando los materiales que debían servirle para escribir la historia del régimen colonial y de la Independencia; labor á la que pensaba consagrar el publicista ilustre todos los afanes de su madurez.

Brillantísimos representantes de la animosa generación que se levantaba, — Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Andrés Bamas, Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez, — consagraban á la misma fecunda obra mucha parte de la actividad de su espíritu.

Es verdad que la contemplación serena del pasado reclamaba, á la vez que un reposo que no consentía á aquella generación su vida trágica é inquieta, una perspectiva de tiempo que, con relación á los acontecimientos de la historia verdaderamente *muestra* — la de la vida de la libertad — aun no era dable que existiera. Y no es menos cierto que los afanes oscuros y tenaces de la investigación debían preceder, por otra parte, á las tareas, más nobles, reservadas para el artista y para el pensador, en la labor compleja de la historia.

Fué, sin embargo, privilegio de los hombres de aquella época gloriosa, adelantarse, en casi todas las manifestaciones de su actividad, á las condiciones del tiempo en que vivieron, como si hubieran querido proféticamente compensar con la extraordinaria magnitud de su obra, el abandono indolente de las generaciones que vinieron después. — Su estudio del pasado salió, bien pronto, de los límites de la obra de investigación, y se hizo obra de ciencia y de literatura.

La *Crónica dramática de la Revolución de Mayo*, publicada por Juan Bautista Alberdi en la *Revista del Plata* de 1839, indicaba ya un poderoso esfuerzo en el sentido de buscar la verdad de la historia al mismo tiempo que por la sutil penetración en la trama de los sentimientos y de las ideas, por la animada reproducción de la exterioridad característica de los hechos. — Debe consi-

derarse esa crónica, no sólo como el primer ensayo eficazmente encaminado á desentrañar la filosofía de la Revolución, sino — lo que importa más para nuestro tema — como la primera tentativa de proceder con el auxilio del arte en el estudio y la reconstrucción del pasado.

Pero la grande y poderosa iniciación de una *poesía pintoresca* y una *filosofía*, de la Historia, en las letras de esta parte de América, nació, pocos años más tarde, del seno de aquel fecundo movimiento de publicidad por el que se anunció ruidosamente, en Santiago y Valparaíso, después del terror de 1841, la presencia de los jóvenes desterrados del Plata. — Y nació, no de la reflexiva preparación del libro que madura en el ambiente silencioso del gabinete, y se depura y acrisola por la labor perseverante del arte y la concentración del pensador, sino de una inspiración genial que hizo surgir esos elementos preciosos y durables del seno de un panfleto templado al calor del interés actual y que hacia obra de acusación, de combate y propaganda, como los panfletos de Rivera Indarte y de Frías. — Nació, en una palabra, del *Fuendos*, que no tenía precedentes en habla castellana, ni como cuadro de historia pintoresca, ni como estudio de sociología original.

De estos dos fundamentales aspectos del gran libro nos interesa ahora el primero. — La filosofía de la revolución y de la tiranía, es, sin duda, profunda y en cierto modo definitiva, en aquellas páginas; pero yo admiro aún más en ellas lo que se debe á poética virtud: — la soberana maestría del relato, la fuerza plástica de la descripción, el poderoso remedo de la vida, el arte de magia de la fantasía evocadora.

Ninguno como el autor de los *Recuerdos de Provincia* podía realizar, entre los hombres de su tiempo, tal obra de intuición, de adivinación, más que de estudio, ni revestirla con la forma potente y original que á ella cuadraba; porque ninguno como él tuvo el dominio de la animación dramática y del color, el arte de las grandes y sugestivas imágenes y el de las síntesis hercúneas y esclarecedoras; ninguno el alto don de « concordar las palabras con la vida », según la fórmula de Séneca, y convertir la letra fría en palpitante encarnación de la verdad.

Di: cútase, como se ha hecho acaso triunfalmente, más de una vez, el rigor de exactitud histórica del *Fuendo*, y sepárense, para señalar cuáles son los que ha tejido la fantasía y cuáles la realidad, los filamentos de la trama: la historia de una época no dejará, por eso, de tener en la descripción del duelo de la « Civilización » y la « Barbarie », su más dramática y real condensación.

Busque la crítica un *Fuendo* que complazca mejor á la minuciosa severidad del analista; y todavía quedará en pie, para desafiar la obra de la crítica y del tiempo, el valor representativo del personaje, la soberbia escultura de la personificación heroica del caudillo.

Todo otro *Fuendo* que levante la investigación sobre pedestal de documentos prolijos y el óleo de la erudición consagre,

ha de humillarse á la irresistible y avasalladora influencia de aquel *Fuendo* inmortal; de tal modo como el *Cid Campeador* de las leyendas triunfa y prevalece sobre la desvanecida realidad del *Cid* de las crónicas y vive por su valor representativo. — Considerado en este aspecto, es el *Fuendo* el tipo artístico más alto en que se ha condensado la poesía real de nuestra historia y en que han tomado forma viva los elementos dramáticos de un interesantísimo instante de nuestro desenvolvimiento social.

Alfredo de Vigny, en el prólogo de *Cinq-Mars*, admitía que son parcial ó totalmente apócrifas muchas de las anécdotas más elocuentes y significativas que la historia recoge; y sostenía en seguida que ella no debe rechazarlas de sus páginas, porque tienen una verdad ideal muy superior á la autenticidad del hecho mismo. — He ahí las infidelidades históricas de Sarmiento: tienen el alto género de realidad de que habla Alfredo de Vigny.

Como obra de manifestación sintética de un estado social, en la que ha colaborado en cierto modo aquella divina inconciencia que animó la obra de los épicos primitivos, cuando pusieron, sin saberlo, en sus cantos, el cuadro enorme y múltiple de la vida de su raza y su tiempo, nuestro gran libro puede engendrar otro libro por cada una de sus páginas, y su nombre está destinado á ser legión. Tiene en grado supremo el arte de la concisión narrativa, y hay concentrada en el *Fuendo* la fuerza virtual necesaria para vivificar una inmensa prole literaria, en la poesía, en el drama, en la leyenda. Porque la anécdota histórica, en los procedimientos del arte narrativo de Sarmiento, lleno á la vez de fuerza y de luz, de intención y de colorido, es un relámpago que ilumina las intimidades psicológicas de un personaje, el secreto de una situación, la faz de una sociedad ó de una época, y un soplo poderoso que fecunda con sugestivas simientes la mente del lector.

Nuestro gaúcho, nuestro centauro legendario, ha inspirado muchas páginas energícas y hermosas, que viviran entre las cosas originales de la literatura de América; pero es todavía en el *Fuendo* donde ha de ir á buscarse la más intensa poesía de ese hermosísimo tipo, en el que Hegel hubiera señalado la plena realización de aquel carácter de libérrima personalidad que él consideraba el más favorable atributo del personaje que ha de ser objeto de adaptación estética: el que palpita en la indómita poesía de *Los Bandidos* del trágico alemán y refleja su luz sobre la frente de los héroes satánicos de Byron.

Del mismo grupo de proscritos en cuyo seno fué concebido el *Fuendo*, nació, con breve diferencia de tiempo, otro libro que señala una ocasión memorable en la literatura histórica de América y que era la revelación de un ingenio que estaba destinado á levantarla muy alto.

La revolución literaria que hacía por entonces su entrada bulliciosa en el espíritu de nuestros pueblos, y que los emigrados argentinos llevaron consigo al otro lado de la Cordillera para hacerla triunfar en las memorables polémicas de Santiago de Chile,

tuvo por una de sus grandes manifestaciones la que consistió en la evocación de la poesía tradicional, en la visión y el sentimiento del pasado, que vivificaron, en el drama y la novela, un arte nuevo, nacido de la comprensión pintoresca de la historia.

Se había asistido á una verdadera fiesta de resurrección de las edades. En los romances de Walter Scott había renacido, con palpitations ignoradas de vida, el tiempo muerto. El grande Schiller lo había llevado al teatro, rompiendo la falsa uniformidad de la tragedia histórica. *Los Noviss* y *Cing-Mars* trasplantaban la rama rica de savia generosa, á las literaturas del Medio-áfrica.—Éra como un sueño en el que aparecían con confusión de actualidad los recuerdos.—Por la nigromancia del arte llegábase en la inteligencia del pasado adonde la virtud de la investigación erudita no alcanzara jamás. La historia misma se animaba con nueva luz y fuerza incógnita; y Barante y Thierry hacían en ella la revelación de un mundo nuevo.

¿Por qué la vieja crónica de América no había de estremecerse también al soplo del viento rejuvenecedor que pasaba, y no dejaría escapar—como lo había hecho la crónica de la Edad Media—bajo la letra desvanecida de los manuscritos, el tibio aliento de la vida y las iluminaciones del color?

Sería la novela histórica un inmenso campo, lleno de inexplorados veneros de interés, para los que penetrasen en el país encantado de la Conquista y en el aparente erial prosaico del Coloniaje, conciliando en su alma las intuiciones del artista con las porfías del investigador.

Por la mente de Echeverría había cruzado alguna vez la idea del drama y la novela históricos, como fuentes fecundas de inspiración para la literatura americana. Florencio Balcarce dejaba entre los frutos de su malograda juventud alguna tentativa de ese género, y Manuel Luciano Acosta había escrito *La Guerra civil entre los Incas*, que es una estimable narración.—Pero á tales ensayos, de un interés exclusivamente relativo, debía en breve suceder una obra cuya significación excede, en mucho, la de esos precedentes olvidados que la erudición rastrea en la sombra.

Vicente Fidel López, que había acompañado en Montevideo al gran innovador de *La Cautiva*, al propagandista social del credo de la « Asociación de Mayo », en el estudio de las tradiciones americanas y del génesis y los propósitos de la Revolución, publicó, en 184 , en su destierro de Chile, *La Novia del Hereje*.

La forma narrativa creada por el imaginador de *Quintín Durward* é *Ivanhoe*, desnaturalizada luego por las audacias de la fantasía aventurera de Dumas, y que, en el idioma nuestro, no tenía sino los débiles precedentes de los ensayos novelescos de Espronceda, de Trueba y Cosío, y de Larra, tomaba carta de ciudadanía en América, vivificada en aquella obra por la más profunda filosofía del pasado y la más penetrante intuición de la historia plástica y sensible, é inspirada en un alto propósito de contribuir á formar y robustecer, por medio de

los halagos del arte, el sentimiento de la tradición en el alma popular.

Tal concepción de la novela histórica, considerada, al mismo tiempo, como manera eficaz de vivificar en sus raíces el sentimiento de la patria y el culto de la tradición, y como forma capaz de contener la imagen de las cosas pasadas, aun las más minuciosas y más íntimas, con amplitud á que los recursos de la historia directa no alcanzan, tiene su expresión más exacta y esclarecida por la más clara visión de las necesidades y oportunidades de la literatura americana de aquellos días, en el prólogo de *La Novia del Hereje*.

Con admirable acierto en la elección de la realidad histórica sobre la que debía reflejar la luz transfiguradora del arte, volviéronse los ojos del novelista que soñaba en realizar la obra de Cooper en la América de habla española, á aquella Lima colonial que ha sido, y está destinada á ser en el porvenir, una ciudad predilecta para escenario de la poesía y del romance y una de las perspectivas de la historia de América más admirablemente dispuestas para los mirajes encantados de la fantasía.—Y cuando obedeciendo á la evocación feliz del narrador, volvió la vida de antaño á los muros de la ciudad colonial, donde de tan rara manera se mezclaron, bajo el cielo espléndido del Trópico, sombras y luces, refinamientos bizantinos y pequeñeces lugareñas, ingenuidades de pueblo niño y rasgos de decrepitud social, sórdidas manifestaciones de abyección y timbres preclaros de cultura,—pudo decirse que había nacido la novela histórica americana, y que había nacido llena de inspiración, de encanto, de originalidad, como la joven musa reveladora de un mundo de curiosos y peregrinos secretos.

La Novia del Hereje hubo de ser el primero de una serie de romances de su índole. Era hermoso y fecundo el plan que acariciaba el espíritu juvenil de su autor.—Las empresas guerreras de Zaballes, y su influjo en la modificación política y comercial de la colonia; el período precursor de la revolución; y la Epopeya de las invasiones británicas, que aceleraron el advenimiento del tiempo nuevo; las agitaciones íntimas de la ciudad de 1810, en el transcurso de la acción revolucionaria; la propaganda y la expansión de la idea de libertad llevada por la espada de San Martín hasta las faldas de los Andes del Ecuador; la insurrección de las masas campesinas, que arrojó el fermento democrático en el seno de la grande obra y reveló en la escena la presencia del pueblo.—debían dar tema á las sucesivas novelas de la serie ideada. Bien pronto el novelista abandonó, por las graves tareas de la historia, la realización de aquel pensamiento que, aun hoy—después de transcurrido medio siglo—podría ser acogido como una novedad feliz. Por desgracia, nuestro Walter Scott quedó en su *Waverley*; aunque, ciñéndose á la historia directa, tomó á Macaulay por modelo y siguió cultivando el estudio del pasado como un arte.

Pero no faltaron, en su generación, quienes recogieron el ejemplo tentador de *La Novia del Hereje*. Para probarlo, bastaría re-

cordar una obra casi enteramente olvidada, que debería vivir en todas las memorias.

La intuición del pasado, el don precioso de devolver la vibración de la vida y el color de la realidad á las cosas muertas, y reconstruir las informes ruinas de lo que fué por cierto privilegio de adivinación arqueológica, fueron también, en grado eminente, concedidos á otra grande alma de aquella generación.—Un investigador artista, un espíritu modelado en el carácter de hermosa y rica complejidad de los hombres del Renacimiento, y en quien los afanes de la erudición paciente y laboriosa se aliaron por caso singular con las inspiraciones del narrador-poeta, penetró con audacias de explorador en el bosque enmarañado y obscuro de la cultura intelectual de la colonia, ávido de hallazgos lisonjeros para la tradición del pensamiento americano, y escribió las primeras páginas de la historia literaria de nuestros pueblos.—Y en su obra vasta y fecunda, al lado de la ingrata é inevitable tarea de preparación, de estudio previo: la tarea que obedecía á la necesidad de desbrozar el campo inculto; al lado de muchas páginas de descarnada erudición y de insistentes esfuerzos empleados en lo que tiene de más desapacible la crónica desnuda y la bibliografía ofrece de más árido, puso también el mármol y el pórfido que duran; la obra de arte que presenta rendidas al cincel las piedras arrancadas á la cantera de la pasada realidad.—El historiador colorista que habla en Juan María Gutiérrez puede admirarse, leyéndole, por ejemplo, cuando reproduce sobre el fondo magnífico y extraño de la opulenta Lima colonial, la figura gongórica de Peralta y Barnuevo.—Y á esta calidad de su talento á un tiempo brillante y laborioso, debemos la encantadora narración de *El Capitán de Patricios*, que es en la novela histórica del Plata lo que debe ponerse inmediatamente después de *La Novia del Hereje*, por su interés, por su arte y por su originalidad.

El Capitán de Patricios es la idealización de un momento singularmente interesante en la historia de nuestros pueblos.—Personifícase en su héroe, á aquella bizarra generación que se levantaba, llena de mal comprimidas inquietudes, atormentada por la nostalgia de la acción, ávida de escenario para su heroicidad y de tribuna para su pensamiento, en las postrimerías de la colonia; y que excitada por los ecos remotos y legendarios de la Revolución, por las fecundas agitaciones de la propaganda de la libertad de comercio, por los aplausos del mundo que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, traía en el alma un hervor que revelaba un sentimiento ignorado por el espíritu de las generaciones anteriores y que debía manifestarse, irresistible y fecundo, en su cercana obra de redención.—Y aquel crepúsculo de nuestro día de libertad, está trasladado al cuadro por un pincel que siempre fué maestro en reproducir las tintas suaves del crepúsculo.—El narrador presenta al héroe con una reminiscencia de Racine, y á la heroína con una imagen de Virgilio; y hay algo de las blandas melancolías de Dido, ó de *Andrómaca é Ifigenia*—esas nietas de

la estirpe de Eurpides, en quienes el dolor parece adquirir la suavidad graciosa del purísimo cendal griego que las cubre,—en el ambiente tibio y perfumado de aquel cuento exquisito.—Por la delicadeza ideal del sentimiento, la gracia del relato, el terso esmalte de la forma; por cierto sello de urbanidad y donosura, que no faltó jamás en las manifestaciones de aquel ingenio refinado, de naturaleza aristocrática, de abolengo ateniense,—el cuento de Gutiérrez, casi ignorado hoy, es indudablemente de las cosas más selectas que pueden figurar en la Antología de nuestros prosistas, y un insuperable modelo en la fusión de la originalidad americana del asunto con la clásica limpidez de la expresión.

¿Cuáles son las que á tales páginas se han agregado por las generaciones posteriores á la que, en medio de las turbulencias de su vida de leyenda, encontró espacio para cultivar y enaltecer todas las manifestaciones desinteresadas del espíritu, y supo arribar á una iniciativa, una idea, ó un ejemplo fecundos, por todos los caminos de su actividad?

Sus hombres hubieron de realizar el duro esfuerzo de investigación; hubieron de construir el pedestal seguro sobre el que podría la Historia afirmar, al mismo tiempo, su arte y su filosofía.—Generaciones aliadas, en tanta parte, por ella, de esa labor ingrata, ¿no han podido poner su mente con más tenaz consagración en la tarea de convertir el material acumulado en la obra perfecta que complazca, á la vez, al pensamiento y á los ojos? Y, como manifestación preciosa de esta obra, ¿no habrá tenido continuadores la iniciativa de una novela histórica americana, que se anunciaba, hace ya medio siglo, por la original é inspirada narración de *La Novia del Hereje*? . . .

Para buscar la respuesta en la bibliografía de tiempos más cercanos á los nuestros que los viejos tiempos del *Facundo*, sería necesario agregar á las que van escritas muchas páginas más.—*La Loca de la Guardia*, que nos ha inspirado esta rápida evocación de antecedentes, merece, por otra parte, ser estudiada y admirada en sí misma.—El tratar de ambos temas, en el espacio que ahora sería posible concederles, exigiría hacer verdadera gimnasia de concisión; y los temas interesantes están para nosotros absolutamente reñidos con todo lo que trabaje el libre vuelo de la pluma.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

FRASES

—La reputación del hombre público es tan sólida, cuanto más cruel es la agresión de sus adversarios; por lo mismo que es más resistente la coraza forjada á golpes.
—El que no odia es incapaz de amar.
—La envidia no es un pecado: es una virtud.
—Los que se someten, son felices. Perdidamente el instinto de la libertad, es indiferente a la esclavitud.

—La belleza es convencional: imperfecta, si se mira solamente con los ojos; perfecta, si se mira también con el corazón.

—La gloria no es una quimera. Es una realidad tan verdadera como el sueño.

—Como se envidia el poder de las aves caudales que ascienden hasta las más altas cumbres, se envidia el vuelo de los hombres superiores. Por eso les tiramos á matarlos.

—Si la vida de una mujer *equivoca* pudiera representarse por puntos suspensivos, su arrepentimiento sería un paréntesis y su vejez un punto final.

—En los pueblos meridionales, las nuevas generaciones sólo hablan de sus derechos, sin acordarse de sus deberes.

—¿Quieres ser original? ten la extravagancia de ser sincero.

—El valor no es la cólera, no es la audacia, no es el coraje; es la vergüenza.

—La sinceridad es tan necesaria en política, como los aceites en el teatro.

—El pudor es la *faja de seguridad* de la virtud.

—Nacer pobre ó nacer rico, son dos cosas iguales. La cuestión es hacernos dignos de la pobreza ó de la riqueza.

—Si te pegan, obliga á escuchar; pero si no te escuchan, pega.

—El que hace ostentación de su título académico, es porque no tiene otro.

SANTIAGO MACIEL.

Plegaria de Lázaro

(PROSA DE ZOLA)

Isaías Gamboa, autor de la composición poética que en esta página luce, es uno de los más renombrados poetas de la América Central. Sus poesías, inspiradas en los más nobles sentimientos del alma, transparentan las bellas dotes que lo adornan como cultor de la gayera ciencia.

Señor! Señor! ¿Por qué me has despertado?

¿Por qué vienes de nuevo
á echar sobre mis hombros esta carga,
La carga de una vida que detesto?

Yo dormía tranquilo
Mi hondo sueño sin sueños,
Y al fin, en las delicias de la nada,
Halláhamo contento.

Yo había conocido
Ya todas las miserias de este suelo:
Desengaños y falsas esperanzas,
Traiciones que asesinan en secreto.

Ya yo había pagado
Mi afrentoso tributo al sufrimiento,
Pues que cruzaba el mundo
Sin saber cómo ni por qué, sintiendo
La pena de vivir; y hoy, Señor, quieres

Que yo pague de nuevo
Mi deuda de viviente, ya pagada,
Y otra vez cruce mi áspero sendero.

¿Cuál fué mi falta para tal castigo?
Revivir ¡ay! para sentirse luego
Morir día por día, en las miserias
De la carne; tener entendimiento
Sólo para la duda, la impotencia
Burlando siempre nuestros altos sueños.
Tener ojos no más para las lágrimas,
Y alma para las penas sin consuelo!

Y ya para mí había
Concluido todo esto;
Ya yo había pasado de la muerte
El terrible momento;
Ya yo había sentido
Inundarse mi frente con el gélido
Sudor de la agonía, y retirarse
La sangre de mis venas, y el aliento
Escapárseme en mi último suspiro...
Sí, ya yo estaba muerto!
¡Y quieres que conozca esto dos veces,
Que vuelva yo á sufrir el trance horrendo...!
Señor! pues que así place
Á tu alta voluntad, que tu deseo
Ahora mismo se cumpla; sí, devuélveme
Á mi tranquilo sueño!
Pero no me contenes á la vida,
¡Oh, la vida tan triste! ¿Qué to he hecho,
Para que así me impongas el castigo
Más grande de la cólera del cielo?
¡Devuélveme mi tumba
Con su reposo eterno!
Dame otra vez lo que ganado había:
¡La gloria de estar muerto!

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador.

COLABORACIÓN ARGENTINA

Buenos Aires, Junio 6 de 1897.

Señor don Victor Pérez Petit

Muy estimado compañero y amigo:
Cumplo con su amistoso y benévolo pedido enviándole para su importante REVISTA el primer capítulo del «Montaraz»—un cuento de mi pago,— á que he dado comienzo en estos días para acortar las largas horas de las noches de invierno.

Será un episodio de aquel tenebroso año XX de nuestra historia en que tanta sangre brava se derramó con la enconada lucha de sus arrogantes caudillos.

Un rayo de pasión intensa atravesará la humareda de los combates y de los incendios que enrojecían el inaudescente horizonte; pero dada la época y el medio ambiente en que se desarrolla la acción, el drama pasional será fatalmente trunco por la muerte.

Este es el desenlace hacia donde me encaminó. No sé si en el curso de la narración, que ya va adelantando, torcerá el rumbo, y, sabe Dios aún si lo terminará. Hay tan poco estímulo para la producción intelectual entre nosotros, y mayormente cuando ella aspira, como la mía, á nutrirse de la savia del terreno, que á veces las alas de la fantasía se plegan desmayadas y la pluma cae de la mano con desaliento. . . .

Por eso no puedo menos de enviarle—con este nuevo fruto de mi rústica pluma que V. se ha servido encomiar inmerecidamente más de una vez—el más caluroso parabién al mirarlo guape en la brocha enseñando al mirarlo triunfar á la hermosa REVISTA NACIONAL, que acaba de entrar en su tercer año de existencia, lo que hace el mejor elogio de su vigorosa vida intelectual. Adelante! á paso de vencedores!

Crea siempre, estimado compañero y amigo, en la cordialidad y simpatía con que me suscribo su affmo. S. S.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

MONTARAZ

I

Bajo el pálido cielo que se iluminaba gradualmente con las primeras claridades del día, reinaba una calma infinita. Era esa lo-

ra del gran reposo en los campos, cuando el disco solar no dora aún las praderas y los montes.

Una brisa fresca saturada de efluvios húmedos pasaba barriendo las evaporaciones del rocío, que volaban desflocadas en arambes algodonosos y sutiles hasta desaparecer.

La llanura descubrió su tapiz verdequeante como si una mano invisible lo fuera descorriendo para recibir las tibias caricias del sol que ya emergía coronando las cuchillas lejanas.

La luz bañó las lomas, bajó en regueros por las laderas, avanzó en el llano espolvoreando de puntos luminosos las verdosas matas; pero allá del fondo del paisaje una masa densa de pajonales pareció alzarse para cerrarle el paso. La luz se detuvo ante la compacta muralla, bregó breves instantes, y no pudiendo penetrarla se corrió por sobre las malezas, dejando en descubierto las blancas panojas de las cortaderas y los erectiles tallos de los cardos en flor.

Más atrás surgió entonces otro muro más alto, más sombrío, más impenetrable, al que servía de vanguardia el pajonal. Era la selva ribereña con sus espesos matorrales de plantas rastreras, enredándose en los troncos de los grandes árboles con los tentáculos exuberantes de las lianas.

Frente al nuevo obstáculo la luz pareció retroceder, luego se deslizó bordeando la orilla del monte en busca de los sitios más ralos para avanzar; pero la selva, como si quisiera guardar el misterio de sus umbríos boscajes, se extendía inmóvil y compacta, hasta perderse á la distancia en los azulados horizontes.

Había un punto, no obstante, que, partiendo desde la playa de una laguna circundada de juncales, descubría un boquete en el monte, pero tan oculto entre la maleza, que era necesario tener el ojo muy acostumbrado para encontrar la estrecha picada que los animales habían formado al bajar á la aguada. Por allí se escurrió la luz, perdiéndose al fin en los laberintos del sendero, sin lograr su victoria contra las sombras montanas.

El campo comenzó á llenarse de rumores y estremecimientos, como si la naturaleza despertara de pronto gozosa y radiante bajo la caricia de aquella mañana que tenía polvo de oro en su ambiente sereno.

Los pájaros en parejas saltaban de las ramas chirriando; si'bos alegres de calandrias y boyeros poblaban el espacio con sus cantos trinos; en cada mata estallaba una nota del alado coro, sobresaliendo entre todas por lo agudo y penetrante esa extraña voz: *achea, achea*, con que los zoizales saludan la llegada del nuevo día.

Bandadas de patos silbones cruzaban el cielo en figura de cuña volando hacia las cañadas, mientras los grises rayadores ascendían como cohetes y bajaban rectos hasta rozar el agua, produciendo ese áspero ruido á que deben su nombre. Al borde de un ribazo un chajá solitario erguía el collarín de plumas cenicientas y volvía á encogerlas con ese aire reposado y cauteloso del centinela montaraz.

En otro lado, sobre la dormida laguna

pizarreña, un mirasol todo blanco, con las patas colgando, el cuello enhiesto y las alas abiertas semeando una cruz, volaba lentamente.

Por el llano y las lomas, rompiendo la monotonía del inmenso verde, con manchas de abigarrado y moviente colorido, se esparcían las vacadas buscando la querencia...

De improviso, una manada de yeguas ariscas apareció por el boquete del monte, huyendo apuradas en medio de relinchos y corvetas, y desapareció en lo más espeso del pajonal. Detrás iba un hermoso potro lobuno con la cabeza en alto y las crines flotantes, dando saltos por alcanzar al grupo. Más atrás venía un jinete dándole caza.

Pasaron como un relámpago, desapareciendo á su vez en la maciega; pero el animal acosado se echó á la izquierda del sendero donde el pajonal era poco extenso, y así fué que al poco rato perseguido y perseguidor pisaron el descampado de la cañada.

El hombre alzó el brazo vigoroso describiendo varios círculos por sobre la cabeza, y las boleadoras partieron zumbando para ir á envolver sus sogas retorcidas en los jarretes del potro, que al sentirse trabado dió un gran bote, cayendo de costado; se levantó y volvió á huir á saltos, pero un nuevo par de boleadoras le ligó los remos delanteros, y el animal, tembloroso, con el pecho manchado de blancos espumarajos, se paró jadeando.

El jinete se le acercó, le arrojó el lazo y le dió un tirón. El animal no se movía; bufaba solamente mirándolo con los grandes ojos azorados; un estremecimiento nervioso corría por todo su cuerpo, mientras el enlazador se acercaba silbando despacio para amansarlo. Cuando lo tuvo cerca, el lobuno resolló recio sentándose en los corvejones, pero el hombre seguía avanzando hasta que le cazó las cerdas del copete y comenzó á palmearlo con voces suaves. Después le corrió el lazo echándole un medio bozal, le desató las boleadoras y lo hizo caminar. No hacía ya resistencia, y siguió al tranco cabestreando.

El gaúcho se dió vuelta poniéndose á examinarlo prolijamente, con ese aire reconcentrado del habitante de nuestros campos. Era un hermoso animal de pelaje plumizo obscuro, con sólo una pequeña estrella blanca en medio de la frente, de encuentros amplios, con dos rayas negras á manera de cuchilladas en las cruces, el pescuezo corto rematado en una cabeza fina de orejas pequeñas, movedizas, y los ojos vivarachos; las patas delgadas de bazos blancos con vetas sonrosadas, el tronco largo, torneado, y el anca ligeramente abovedada como la del ñandú. Pero, sobre todo, lo que parecía ser el orgullo del noble bruto, eran las cerdas de la cola y del cuello, que flotaban largas y rizadas, y al ser heridas por el sol tenían esos reflejos pavonados del plumaje del búfalo.

—Lobuno tapao, primero muerto que aplastao! dijo el paisano acariciándole las crines, y al deslizarle la mano á lo largo del lomo, como notarle que entre algunos pelos blancos tenía señales del basto:—¡Oh! éste

es de andar,—agregó, y continuó palmeándole el vientre y la entrepierna, para ver si era manso. El animal se encogía suavemente y le dejaba hacer. De pronto volvió la cabeza y se puso á olfatearlo, como si más de una vez hubiera sentido el contacto del hombre.

—¿Me estás reconociendo, no? aura veremos si tenés tan lindo andar como la pinta! —exclamó el gaúcho sonriendo; y arrojándolo á su caballo empezó á ensillarlo con todo cuidado.

El lobuno no oponía resistencia; sólo cuando la cincha le oprimió la barriga, lanzó un relincho vibrante moviéndose inquieto; mas una palmada en el anca y algunas voces de cariño vencieron aquella postrera resistencia, y se quedó parado haciendo girar la coscoja sobre la lengua en un vaivén de ruido acompasado.

Terminada la operación, lo hizo caminar. Se le acercó en seguida cogiendo con mano vigorosa el atravesañ del bozal hasta hacerle volver la cabeza, encajó el pie en el estribo, y apoyando las riendas sobre la cabecera del recado, volteó rápidamente la pierna y cayó enhorquetado en los lomos equinos, como si el cincel hubiera tallado de un solo golpe en artístico bloque aquella esbelta figura de centauro.

Y era bello en verdad en medio de sus toscas líneas el joven paisano, con su rostro moreno de fino perfil, los ojos verdosos, avizores, y la larga melena de azabache, que caía revuelta en rizos hasta rozar los hombros, imprimiendo un tinte sombrío á la faz.

Luego el cuerpo enjuto pero de musculatura ágil y potente acusándose al través del bien cuidado traje campesino, completaba el esbozo de su figura, que, si bien á primera vista tenía mucho del tipo común de nuestros campos, revelaba al examinarle con detención cierta gracia viril realzada por la desenvoltura de sus movimientos, que estaban delatando que, bajo el entrecejo partido con profunda arruga y el labio imperativo arqueado por un gesto de desdeñosa altivez, dormían un pensamiento y una voluntad aguardando el choque de la pasión brava para despertar.

Aquel hombre debía sufrir, porque emanaba de todo su sér ese tinte vago de honda melancolía varonil y callada que parece el sello de su raza. ¡Quién sabe qué congojas fermentaban hinchándole el pecho y le lacceraban el cerebro con el recuerdo tenaz de los dolores inexpiables! Amaba tal vez sin esperanza, y sólo sabían de su dolor los vientos vagabundos de la llanura y las estrellas que guiaban su camino en las largas y solitarias travesías...

Estaba solo en medio de la vasta soledad, con la mirada perdida más allá de la línea indecisa de las curvas lomadas, por sobre las cuales asomaba la mancha azul de un pequeño monte. Allí se alzaban las poblaciones de su pago, las estancias donde empezó á ser hombre y á sufrir. Allí sintió los primeros estremecimientos de la alegría y las primeras punzadas del dolor, bajo el alero campestre, cerca del arroyo de corriente tardía, por cuya ribera vagaban dos ojos negros y pensativos interrogando el mudo horizonte.

Allá le aguardaban cariños y halagos; aquí la soledad temerosa de la selva, el pei-gro siempre en acecho, las horas sin calma de la azarosa vida del matrero. Porque era matrero desde el día en que el clarín de la guerra hizo vibrar sus broncos acentos en los campos nativos y la sangre de sus hermanos sacrificados por la saña implacable del invasor enrojó los trebolares de las cañadas.

Sorprendidos una mañana, los que no cayeron bajo los golpes de las chuzas se refugiaron en los montes á disputar su guarida á las fieras, mientras el enemigo recorría las poblaciones saqueando y talando cuanto encontraba á su paso, cuya marcha señalaban anchas rastilladas y la humareda de los ranchos incendiados.

Por eso estaba triste, ceñudo, y ansias enconadas de odios y de celos le mordían rabiosas las entrañas.

Con la frente abatida, sintiendo todo su cuerpo sacudido por intensa grima, permaneció largo rato inmóvil en angustiosa cavilación.

Qué enjambre de ideas torvas, qué imágenes dolorosas y suplicantes se cruzarían en tropel turbulento por su imaginación, que de pronto aflojó la rienda al caballo clavándole las espuelas con tal violencia, que el animal dió un brinco desesperado, y arrancó á escape.

Mas luego se serenó, y recogiendo el rendaje lo hizo rayar sobre las patas trase-ras, tendiéndolo á ambos lados. El lobuno, dócil y obediente á la más leve presión del jinete, giraba con ágiles escarceos resoplan-do, como si quisiera demostrarle todo el ardor de su sangre y la pujanza de sus lige-ros remos.

—¡Lindo pa un entrevero á lanza!—dijo el gaúcho sordamente, y llevándolo al paso llegó al sitio donde estaba el otro caballo; le recogió el maneador poniéndolo á la par, y enderezó al tranco, rumbo al sol, que pa-recía bruñir las líneas de su cara tostada.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Buenos Aires.

SINFONÍA

Tendidas las velas al lúgubre viento
Que pasa, furioso silbando en las jorjias,
Tendidas al viento las velas que tienen
Colores de sangre y aspecto de llamas,
Mostrando los grandes y negros mastiles,
Mastiles que enrojan silnetas muy largas:
Va sola y sin rumbo surcando las mareas
La trágica sombra del Buque Fantasma.

Cual tétrico espectro que piensa y medita,
Cual fúnebre imagen, siniestra y callada,
Del barco en la popa sentado va un hombre
Mirando á las olas que gimen y cantan.
San Telmo ya enciende sus luces fugaces
Allá, en las alturas del palo mesana,
En tanto su marcha fune-ta prosigue
La trágica sombra del Buque Fantasma.

Va tienden su vuelo las blancas gaviotas,
Ansiosas buscando las costas lejanas,
Las nubes oscuras en lo alto se apiñan,
En grupos obscuros en són de amenaza.

Y sigue aquel hombre sentado en la popa
Mirando á las olas que gimen y cantan,
Y sola y funesta se pierdo en la bruma
La trágica sombra del Buque Fantasma.

El viento rodaba sus fuerzas salvajas
Lanzando en los aires sus gritos de rabia;
Lovantan las olas terribles gemidos
Y entona sus himnos la ruda borracon;
Y erujan los grandes y negros mastiles,
Y lanzan las vergas lamantos que espantan,
Y sola y sin rumbo su marcha prosigue
La trágica sombra del Buque Fantasma.

Allá, en lontananza, cual llama rojiza
De un bárbaro incendio que ardiera en las aguas;
Allá, en lontananza, perdida en la bruma
Sin rumbo cortero su tétrico marchó;
Luchando implacable contra olas furiosas
Que encespa y sacude la hiruta borracon:
Va sola y siniestra, sin rumbo, sin guía
La trágica sombra del Buque Fantasma.

EMILIO BERISSO.

HOMENAJE POSTUMO

MARÍA ZUBILLAGA DE ARRUGUINE

Quando, en 5 de octubre de 1875, rindió el brillantísimo examen para optar al título de Ayudante de las escuelas públicas, del cual conservan aún grato recuerdo muchos de los más distinguidos miembros del magisterio de Montevideo, y que le valió, con la aprobación unánime de la suficiencia demostrada y el calificativo de sobresaliente, calurosos aplausos de las autoridades escolares y justicieros elogios de la prensa, tenía poco más de doce años; pues vino al mundo—que abandonó prematuramente el 24 de junio de 1895, dejando memoria im-perecedera—el 16 de febrero de 1863.

Había nacido con verdadera vocación para el profesorado, y los primeros pasos adelantados en la escabrosa senda por la que tantos espíritus aún bien templados no han podido proseguir, fueron ya la revelación del alma superior que, en el débil cuerpo de la adolescente labraba, con los férvidos entusiasmos de la virilidad que marcha con seguro pie al fin propuesto, como resultancia de largas horas de meditación, el plan de un augusto ministerio, cuya ejecución exigiría todos los esfuerzos de la voluntad, todas las abnegaciones del corazón; el aniquilamiento del cuerpo, la ren-dición absoluta del espíritu.

De cómo llenó los trazos del proyecto que la vocación de su alma había hecho surgir primorosamente perfilados en la sili-grana de su privilegiado cerebro, son prueba incontestable los progresos demostrados en su lucida carrera de maestra; pues cumplía apenas los diecisiete años cuando, después de haber desempeñado una ayu-dantía á raíz de su primer examen, y diversos cargos luego, ya como Ayudante nuevamente, como Maestra titular de primer grado ó como Directora en comisión de varias escuelas de primero y segundo grado, obtenía en concurso, en agosto de 1880, la dirección de una Escuela de 2.º grado, de varones, respondiendo dignamente á la ini-

ciativa de la Dirección de Instrucción Pública, que había acordado poner muestras al frente de escuelas de varones, siguiendo el uso de países que se han hecho notar por la eficacia del sistema de educación en ellos implantado.

Y á este respecto cabe decir regocijada-mente que cuando todos creían que la inno-vación tendría que abandonarse por ser, entre otros muchos, no pequeño obstáculo para su arraigamiento las costumbres, que hasta entonces no habían experimentado la menor alteración en su marcha de rutina, á partir de su origen, la joven maestra Ma-ría Zubillaga, joven por sus pocos años pero anciana por la madurez de su inteligencia y la superioridad de su espíritu, domina desde el primer día la Escuela que le es en-tregada y la que se considera casi indirigi-ble por una mujer, por la calidad de los ele-mentos que á ella concurren. La bondad de su palabra, el poder de su inteligencia, la hacen dueña de la voluntad y del corazón de sus nuevos alumnos, y, un día después, los muchachos se convertían en niños. Nos valemos de esta expresión para significar que todo aquel elemento huraño, refractario á las más simples buenas maneras, por todo sentido indómito, se tornaba amable, esmerábase en dar pruebas de compostura, y hallaba su mayor agrado en la docilidad. Se produjo, pues, un milagro de regeneración. Y fué obra ese milagro del talento y el corazón de una mujer que supo hacer un apostolado de su profesión honorable; que, trasponiendo la barrera que cierra, por lo general, el estrecho círculo que limita el campo de acción de las facultades femeni-les, puestas á servicio de la enseñanza pública, determinó prestar á ésta su con-curso, con la fe y la energía del que se siente llamado á propender al mejoramien-to de la sociedad; á propagar la buena nue-va, cuya esencia es la instrucción; á dilatar los horizontes de la civilidad: con la fe, en suma, y la energía de los grandes filósofos y la abnegación de los sinceros amigos de la humanidad, esos bienhechores á quienes place prodigar las bellezas de su intelecto y los tesoros de su corazón respondiendo á un sentimiento altruista que es ingénuo en las almas alentadas por los soplos vivifican-tes del amor y de la ciencia.

Dieciséis años, desde el día halagüeño para sus aspiraciones de mujer amante de la sabiduría, en que entró á dirigirla, hasta el nefasto en que la muerte cortaba el vuelo á sus más nobles ambiciones, estuvo Ma-ría Zubillaga al frente de su escuela, traba-ando siempre con el mismo tesón; con la admirable fuerza de voluntad que la obliga-ba á seguir preocupándose, aun en el lecho del cual no había de salir sino para la tumba, con el vivo interés del que tiene que velar por cuantiosos bienes que le han sido confiados, de esa escuela en que por tantos días de labor empeñosa, inteligente y fe-cunda, se había hecho oír su voz para im-primir, en incultos cerebros, la huella inde-leble del saber; en tiernos corazones, el tim-bre del noble sentimiento y la caballerosi-dad, el sello de altas virtudes en las almas en flor de multitud de niños, ante los cuales se presentaba con la actitud simpática y

atrayera de su juventud, su discreción, su austeridad y su talento, envolviéndoles en una mirada de ternura y de cariño que era la más fiel expresión de las palabras del Divino Maestro, cuando, advirtiendo que alguien impediría que inocentes párvulos le fuesen acercados para que los bendijese, y hasta los santificase con el influjo de su figura fascinadora y el perfume de su persona sacratísima, prorrumpió en aquel inolvidable mandato, que simboliza el abrazo inmenso de Dios al género humano: «Dejad á los niños que vengan á mí.»

En esfera distinta; actuando en un medio infinitamente inferior, pero relativamente grande por sus proyecciones que se encaminan á producir el bien para la criatura, ofreciéndole los dones de la instrucción, María Zubillaga es el trasunto viviente del Maestro que se prometía la redención del hombre por el conocimiento de la divina palabra, por la sujeción á los mandatos de la ley eterna, cuyas bases son la verdad y la justicia. Su gran corazón alentó en la fe de que el porvenir brillante de su patria cifrábase en la instrucción y educación de los ciudadanos, y, mujer de excelsas aspiraciones, de admirables clarovidencias, se creyó objeto de una predestinación sublime, y consagróse al ministerio que le era impuesto por revelación de lo Alto, con la dedicación de una eximia madre de familia que personificara la augusta madre de la Humanidad y en cuya vida hallase una inmensa prole la fuente inagotable de los elementos propios para su desarrollo, subsistencia y bienestar.

Con la pasión que arrastra á los más grandes sacrificios; con el amor que exige las más sublimes abnegaciones, amó María Zubillaga la profesión nobilísima que abrazó desde sus tiernos años y á la cual vinculó su nombre de manera digna; tan digna que, en los anales de la Instrucción Pública del Uruguay, á la que sirvió constantemente no sólo al frente de escuelas sino haciendo también parte de numerosas comisiones, y entre ellas de las de exámenes de maestros y alumnos, de las de estudio de programas, y de muchas otras de diversa índole, brillará por siempre con destellos súlgidos como el de la niña de más precoz talento, como el de la joven de más nobles ambiciones, como el de la mujer de más excelsos pensamientos que cifra sus aspiraciones en conquistarse la más espléndida de las aureolas: la que discierne la posteridad agradecida á las frentes de los insignes pensadores que supieron, honrando la virtud de la modestia, granjearse el respeto y la veneración de sus contemporáneos por la práctica constante de las grandes virtudes; por la difusión sin límites del calor de sus sentimientos generosos; por la dádiva cuantiosa del caudal de sus privilegiadas inteligencias. ¡Lástima que no pueda verse también brillar su nombre en las portadas de dos libros de texto que tenía en preparación y con los cuales hubiera ofrecido una prueba más de la cultura de su inteligencia y de los esfuerzos de su voluntad!

Como los amados de los dioses, murió joven, y sin haber alcanzado el goce de las dichas de los espíritus selectos, que suelen

conformarse con tan poco, en lo que respecta á bienes materiales, porque, siendo inmensos los tesoros que conservan en el alma, como dádiva del Cielo, contemplan los del mundo como cosa deleznable de la cual sólo ha de usarse obedeciendo imposición ineludible: no alcanzó el goce de las dichas de un hogar en que habrían tenido culto eminente los sentimientos más exquisitos, pues remontóse su alma á otras esferas á poco de haber dado su mano al elegido de su corazón, el apreciable escritor don Víctor Arreguine, al que aceptó como esposo al pie de los altares, vinculando así su generoso espíritu al de un hombre en cuya frente columbró los destellos del talento y le halló, por consiguiente, digno de su propio valer intelectual.

La muerte, que la arrebató al cariño de la familia, al amor del esposo, á la simpatía de la sociedad y á la veneración de sus discípulos, no ha hecho sino adelantar la obra de la apoteosis á que se había hecho acreedora María Zubillaga, por la especial consagración de su vida á la enseñanza. ¡Cuán felices se considerarían las generaciones de que fué preciosa perla si esa apoteosis se hubiera de realizar sólo después de una existencia prolongada hasta el límite de los más largos plazos acordados á la vida por la Naturaleza, y en cuyo transcurso se hubiera seguido usufructuando los beneficios que á la educación y á la sociedad podía prestar una mujer tan inteligente, ilustrada y laboriosa como la malograda María Zubillaga de Arreguine, á la cual, con toda justicia, puede aplicarse lo que un escritor expresó acerca de una distinguida mujer: «conocerla, era instruírse!»

CONSTANTINO BECCHI.

8 de Junio de 1906.

EL ECO DE LA MUERTE

CUENTO FANTÁSTICO

Á Rubén Darío.

Ya la noche se acercaba
y al cielo en sombras cubría;
el valle desierto estaba,
y ronco el viento bramaba
como furiosa jauría.

Á lo lejos se amontonan
los altos picos esbeltos
que el horizonte festonan,
y en manto de nieve envueltos
en el valle se escalonan.

Jinete en brioso alazán—
espectro ó aparecido,—
desafiando el huracán,
con el embozo caído
se vió de pronto á Don Juan,

que ahogando la débil voz,
porque un lamento no estalle,
sin más amparo que Dios,
como el huracán veloz
galopaba por el valle.

Del relámpago á la luz
se desvaneca el misterio,
y entro el nocturno capuz
vese á lo lejos la cruz
del sombrío monasterio.

Hacia él Don Juan se dirige,
y bajo el peso cruel
de la pena que le aflige,
con mano crispada rige
la rienda de su corcel.

La luz que á la entrada oscila
á veces la sombra aclara,
y parpadeante vacila
como una roja pupila
que de pronto se inyectara.

Ya cerca Don Juan divisa
el muro, la antigua reja,
y por tortuosa calleja,
con planta que apenas pisa
como una sombra se aloja.

El trueno en fragor reventaba
y todo á su paso cruje,
mas nada á él lo amedrenta
cual la furiosa tormenta
que dentro de su alma ruge.

¡Ah! si no encuentra el perdón
de sus torpes liviandades
el humano corazón,
del mundo las tempestades
ante las suyas, ¿qué son?

La humana desdicha crece
si el hombre sus males suma,
que entonces triste aparece
el dolor, con esa bruma
que á la razón obscurece.

Á instantes mirada fiera,
porque piedad no mendigue,
levanta al cielo altanera;
ó detiene la carrera
para ver si alguien le sigue.

Y parécete, si asoma
del relámpago la lumbrera,
que tiembla el valle y la cumbre,
ó que el cielo se desploma
con su inmensa pesadumbre!

¿Quién da á su pecho tormento?
¿qué voz sus crímenes narra?
¿Tal vez un remordimiento,
hundido como una garra
en su obscuro pensamiento!

De pronto, sobresaltado
ante esa voz que le nombra,
del acero el brazo armado,
va, con ademán airado,
á embestir su propia sombra.

¿Qué espanto su lengua traba?
¿quién pone á su arrojo ley?
¿Diríase que temblaba
él, que sólo se humillaba
ante su Dios y su rey!

Era el Conde de Almanzor,
por lo bravo y pendenciero,
un Luzbel galanteador;
en las lides del amor,
como en la guerra, el primero.

Probó en ellas su corajo,
y envidias, odios le dan;
mas no hay temor que aventaje
nadie en honras al linaje
do que desciendo Don Juan.

Vivía el conde en Sevilla,
plaza abriendo á sus descos,
y eclipsando á cuanto brilla
en las justas y torneos
de la tierra de Castilla.

Prendado de Doña Flor,
porque el de falso no excluya
el título de raptor,
logró el conde hacerla suya;
y mancillando su honor

con infame alevosía,
porque su cinismo venza,
bajo el nombre de María,
entregada á su vergüenza,
la dejó en el claustro un día;

donde mustio y apenado
exhaló el postrer sollozo
aquel ángel amoroso
que no tuvo otro pecado
que el de ser bueno y hermoso.

Maldijo su aciaga suerte
la nueva al saber Don Juan;
y el claustro por fin advierte,
donde celebrando están
los oficios de la muerte.

Como al eco de un conjuro
cesa el místico clamor;
y, el semblante torvo y duro,
queda Don Juan ante el muro
cual fantasma evocador:

—«Oye mi acento, señora;
flor que lozana crecías
y tu cáliz entreabrías
en el valle de mi amor.
Ven, el conde te lo implora,
hecho el corazón pedazos;
ven, y tiéndete tus brazos
en el último perdón.»

«Sol de mi más bello día,
luz de encanto y de inocencia,
del cielo de mi existencia
purísimo luminar;
perdona la culpa mía,
el delirio de un momento:
me asalta el remordimiento;
piedad, Doña Flor, piedad!»

Dijo; y se alzó de la fosa—
á espaldas del monasterio—
donde Doña Flor reposa,
como imagen de misterio
una visión vaporosa.

Luz de sus ojos derrama,
y, con acento glacial,
por su nombre al conde llama:
—«¡Doña Flor!»—el conde exclama
al ver la sombra fatal.

—«Porque ha oído mi clamor
el cielo tal vez la envía;
pero, cede mi valor ...
¡La sombra es de Doña Flor,
que deja la tumba fría!»

Mas, sus bríos no extinguidos,
—«¡Y un momento me detuve!»—
clamó el conde—«¡Bien venido!
quo miedo jamás os tuve,
fantasmas ó aparecidos!»

Do quier la noche le cerca;
pero á Don Juan, que no cede,
el temor vencer no puede;
y á la visión más se acerca
cuanto ella más retrocede.

Sordo rugo el huracán
con doliente vocería;
y así dialogando están
ante la fosa vacía
la aparición y Don Juan:

—«Piedad contrito demandó;
¿por qué tu voz no responde?
si estoy mi falta purgando,
¿por qué, mi pena aumentando,
de mi tu sombra se esconde?»

«¡Conde!»....—«Doña Flor, primera
ilusión acariciada;
¿quién vida otra vez te diera!
¿Cuán, si hermosa y desgraciada,
adorable y hechicera!»

—«¡Era!»....—«¡Y responde su voz
á mi voz!... Sombra! concluye!
¿Cómo mi sér todo bulle!
¿Acaso enviada por Dios
mi dicha y mi paz destruye!»

—«¡Huye!»....—«Fantasma ó mortal,
pues que tu voz no me absuelve,
¿por qué procuras mi mal?
¡Huyo, que sombra fatal
mi pobre razón envuelve!»

—«¡Vuelve!»....—«Mi trémula planta
ya no obedece, ¡ay de mí!
ni á tu conjuro adelanta;
¡visión, tu acento me espanta!
¿y aun me castigas así?»

—«¡St!»....—«Tu insistencia tenaz
siempre á la mía cedió;
¿dimo, pues lo exijo yo:
¿no perdonarás jamás
al que tu dicha minó?»

—«¡No!»....—«¿Qué fiebre me devora
que mi sér todo aniquila?
¿cómo alcanzar, di, señora,
mientras mi razón vacila,
la piedad que el pecho implora?»

—«¡Ora!»....—«De mi mal en pos
todo mi muerte predice;
¿me espanta mi propia voz,
y aun la tuya me maldice!
¡Adiós, Doña Flor, adiós!»

—«¡Dios!»....—«¡Su nombre has invocado,
y El con su rayo me hiere,
mientras advierto apenado
que en las sombras del pecado
sin luz mi esperanza muere!»

—«¡Muere!».... El eco—prisionero
del ámbito—en triste són
—«¡Muere!»....—gimió lastimero,
como el quejido postrero
que se arranca al corazón.

De la luz al rayo escaso
la sombra á esfumarse empieza;
el eco doliente cesa,
y con cauteloso paso
la visión torna á la huesa.

Hondo silencio después
el viento sus iras calma;
y humillada su altivez
siente por primera vez
Don Juan el miedo en el alma.

En lucha con su tormento,
vencido por fin cedió,
y, con quejumbroso acento,
un ¡ay! del pecho exhaló,
tan triste como un lamento.

Pierde Don Juan el sentido;
la muerte á su oído zomba;
se ve por siempre perdido;
quiere huir, despavorido,
y lo retiene la tumba!

..... f

La solemne letanía
rezando en el claustro están;
y ve el sol del nuevo día,
junto á la fosa sombría,
el cadáver de Don Juan.

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe.

Del doctor Luis B. Tamini

El doctor Tamini, escritor argentino de relevantes condiciones, acreditadas en producciones literarias insertas en las mejores revistas sudamericanas y notables artículos que, sobre política y ciencia económica, ha publicado en los principales diarios de Buenos Aires, ha favorecido á la REVISTA NACIONAL con una extensa correspondencia. Versando ella, en su mayor parte, sobre asuntos que dicen relación con la política militante, sentimos no publicarla íntegra en nuestras columnas, á pesar del interés y acertado criterio que la informan.

La parte que de ese trabajo á continuación insertamos es una verdadera declaración de fe en materia científica y religiosa, y con ella su autor rectifica algunos de los juicios y apreciaciones que sobre su personalidad ha emitido *La Quincena* bonaerense, en un artículo biográfico justamente elogioso para el doctor Tamini.

No he olvidado, ni olvidaré fácilmente la amable carta que recibí de V; ni tampoco perdí tiempo después de leerla, para tomar la pluma atendiendo su honroso pedido de colaborar en la interesante REVISTA NACIONAL. Mas el trabajo que emprendí y que á ella destino, se prolonga, no tan sólo por la naturaleza del tema elegido, cuanto por no poder destinar todo mi tiempo hábil á tareas literarias. Heme puesto á bosquejar el movimiento católico en la Gran Bretaña, el cual toma todos los días mayores creces, á punto de que ya se puede señalar, con alguna precisión, la época no muy lejana en que el britano disidente habrá retornado á su vieja religión.

Es ya tal la decadencia de las iglesias protestantes disidentes, que afirmar se puede sin temeridad que el inglés de hoy no

tiene religión; y como, no obstante, compone un pueblo esencialmente religioso, torna sus ojos á la fe católica romana, verdadera religión por su origen, antigüedad y prestigio universal.

¿Qué no debe Inglaterra á los monjes de Occidente, desde esa Universidad de Oxford donde se formaron sus grandes almas, hasta esa Abadía de Westminster, donde después de terminadas sus misiones en este mundo, custodiábase sus restos mortales y su fama imperecedera! Vasto tópicos que me tomará más tiempo del que pensaba consagrarle, y que se expande ante mí á medida que más lo exploro.

Por lo tanto, para demostrar á V. mi buena memoria, y mi intención sincera de cumplir mis promesas, paso á escribir para su notable publicación las siguientes líneas sobre asuntos sud-americanos en este Londres colosal, que en estos momentos vístese de fiesta para celebrar el jubileo de diamante de la gloriosa reina Victoria.

Pero olvidado que deseaba hacer una salvedad para evitar malas inteligencias en lo futuro. Pertenezco al número de los católicos liberales y tolerantes, á esa *broad church* (iglesia lata, como dicen los protestantes) que acepta la salvación para todos los credos profesados con sinceridad; y respeto por igual al judío, mahometano, griego ortodoxo, etc., que estiman sus creencias y saben con su conducta hacerlas respetar.

Yo soy católico y amo mi fe, y me honro en este país con la relación del eminente prelado cardenal Vaughan, quien no es solamente el jefe de la iglesia romana en la Gran Bretaña, sino también uno de los grandes señores de esta corte. Habla admirablemente el español, y plácele conversar con los buenos católicos sud-americanos. El año pasado tuve el placer de presentarle en su palacio á la señora viuda de mi malogrado amigo y distinguido argentino el doctor don Guillermo Rawson.

He creído necesario hacer esta salvedad porque acabo de verme tratado de *socialista inglés y radical* en el número de marzo último de «La Quincena», de Buenos Aires, revista que aprecio no poco y en la cual suelo colaborar. La dicha primera denominación aparece intercalada en un rápido boceto que encuadra el retrato de mi modesta persona; y habrá de permitirme bondadosamente el señor director de la REVISTA NACIONAL, que afirme aquí que el tal epíteto es verdad en cuanto al socialismo cristiano se refiere. Admiro la organización de la iglesia romana en la Edad Media; acepto aquella porción de comunismo que admita ella entonces y que admite todavía hoy; creo que nunca fueron los pueblos más felices que en aquellos tiempos, y pienso que los trabajadores de hoy volverían á encontrar el mismo grado de paz y reposo, si se prestaran todos á seguir los buenos consejos que les daba el Papa últimamente.

LUIS B. TAMINI.

Cadencias

Á Otto Miguel Cione.

Yo la he visto entre los sauces, en su hamaca reclinada,
Aspirando con delirio los perfumes de las flores,
Extendiendo en la colina su romántica mirada,
Donde quiebra el sol nativo sus brillantes resplandores.

Virgen mía, en cada nido de las rústicas florestas
Hay arrullos de torcaces que responden al reclamo.
Los preludios de las aves, como harmónicas orquestas,
Te dirán cómo es de ardiente la pasión con que te amo.

Cuando lucea en tu frente las coronas primorosas
Que las hadas entretajan con laureles sonrosados,
Apareces más radiante que las virgenes hermosas
Que te besan sonrientes en tus sueños encantados.

Las silvestres madre selvas que se mecen en la umbría,
Bajo cripta de zarzales y ramajes florecidos,
Con sus ramos alfombraron, encantada dueña mía,
Los poéticos senderos por los talas circuidos.

Mira allí, cuando la tarde cierra lenta sus pupilas,
Y platea el horizonte pura y diáfana la luna,
Las bandadas de gaviotas en las márgenes tranquilas,
Coronadas de palmeras, de la plácida laguna.

Los sabrosos macachines, que en las cumbres de las lomas
Avarientos escondieron las dulzuras de sus mieles,
Expriemieron todo el néctar que guardaban sus rizomas
Y dejaron gozosos en sus labios de claveles.

Tú bien sabes, alma mía, que en las rústicas florestas
Hay arrullos de torcaces que responden al reclamo,
Y no ignoras que las aves, como harmónicas orquestas,
Te repiten que es inmensa la pasión con que te amo.

GONZALO LARRIERA VARELA.

CONGRESO CIENTÍFICO LATINO-AMERICANO

La Sociedad Científica Argentina, importante institución bonaerense, va a conmemorar el vigésimo quinto aniversario de su fundación con un Congreso Científico Latino-Americano, que se realizará en Buenos Aires del 10 al 20 de abril del año próximo venidero.

Huelga hacer resaltar la trascendental importancia que para la unión intelectual de las repúblicas americanas tendrá la celebración del Congreso proyectado.

Los países de América están más alejados entre sí desde el punto de vista científico y literario, que de muchas naciones europeas. La dificultad de las comunicaciones, la escasez de relaciones comerciales, la dirección de sus estudios, hasta la apatía ó indiferencia de sus hijos: todo ha contribuido á mantenerlos alejados, extraños los unos á la suerte de los otros, sin que ni siquiera las amenazas de un peligro común los haya aproximado para la consecución de una obra en último resultado una ó indivisible.

«Romper ese aislamiento; aproximar á los estudiosos estableciendo entre ellos relaciones científicas cordiales y permanentes; confrontar trabajos y estudios hechos en países distintos sobre idénticas cuestiones; discutir soluciones dadas en naciones diversas á un mismo problema industrial, mecánico, médico ó sociológico; iniciar el útil y fecundo intercambio de verdades conquistadas, ó de observaciones recogidas acerca del cielo, la geografía, la topografía, la hidrografía, el clima, los meteoros, la fauna, la flora, la gea, las razas, los idiomas, las religiones, las costumbres, etc., etc., de un continente en gran parte inexplorado é ignoto todavía bajo todos estos aspectos; plantear las proposiciones que han de ser objeto del estudio y la deliberación de los congresos científicos subsiguientes; emitir los

primeros votos sobre reformas á realizarse, ó iniciativas á promoverse en lo futuro:» tales son los propósitos y los fines de este Congreso, cuya Comisión Organizadora, constituida por los ilustrados señores don Angel Gallardo, don Antonio Delelliani, don Tiburcio Padilla (hijo), don M. R. Candiotti y don Antonio Orfila, es la mejor garantía de éxito.

La REVISTA NACIONAL, entre cuyos principales objetivos figura el de propender al acercamiento de los pueblos de América, adhiere incondicionalmente á la plausible y civilizadora iniciativa de la Sociedad Científica Argentina y pone sus columnas á disposición de la Comisión Organizadora del Congreso, para todo aquello que considere conducente á la mejor realización de la idea.

BASES Y PROGRAMA

10-20 Abril de 1898.

1.º La Sociedad Científica Argentina, á objeto de conmemorar el 25.º aniversario de su fundación, se hace iniciadora de un Congreso Científico Latino-Americano, que deberá reunirse en la ciudad de Buenos Aires el 10 de abril de 1898 y sesionará hasta el 20 del mismo mes, fecha de su solemne clausura.

2.º La Sociedad Científica pone este Congreso bajo el alto patronato del Excelentísimo señor Presidente de la República y de los señores Ministros de Relaciones Exteriores, y Justicia, Culto é Instrucción Pública.

3.º El señor Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública, será el presidente honorario del Congreso.

4.º El Comité de organización solicitará del señor Ministro de Relaciones Exteriores, quiera tomar á su cargo la invitación de los gobiernos de las Repúblicas de la América Latina, para que envíen representantes á esta solemnidad científica.

5.º Serán miembros del Congreso:

a) Los delegados oficiales de las Repúblicas adherentes;

b) Los delegados de las sociedades y centros científicos tanto nacionales como del resto de la América Latina;

c) Los señores adherentes al Congreso cualquiera que sea el país en que residan.

Todos los miembros del Congreso tendrán derecho de asistir á él, tomar parte en las discusiones y recibir las publicaciones del mismo, mediante una cuota de cinco pesos m/n oro.

6.º Las adhesiones y trabajos se recibirán hasta el 1.º de febrero de 1898.

7.º El Comité comunicará á los miembros del Congreso los temas de los trabajos á medida que se reciban.

8.º El Congreso se dividirá en siete grupos.

I—CIENCIAS EXACTAS

- a) Matemáticas puras y aplicadas.
- b) Astronomía, Geodesia y Topografía.

II—INGENIERÍA

- a) Ingeniería civil.
- b) Ingeniería militar.
- c) Ingeniería naval.
- d) Arquitectura.

III—CIENCIAS FÍSICO-QUÍMICAS

- a) Física general y aplicada.
- b) Química general y aplicada.

IV—CIENCIAS NATURALES

- a) Biología.
- b) Fauna y flora americana.
- c) Agronomía y Zootecnia.
- d) Mineralogía, Geología y Paleontología.

V—CIENCIAS MÉDICAS

- a) Medicina y Cirugía.
- b) Higiene internacional, pública y privada, Climatología, Aguas medicinales, Geografía médica.

VI—CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

- a) Antropología y Arqueología precolombiana.
- b) Antropología, Arqueología y Etnografía de la Época Colombiana.
- c) Etnografía y Antropología actual.
- d) Lingüística.
- e) Historia colombiana y post-colombiana (colonial).

VII—SOCIOLOGÍA

- a) Sociología general.
- b) Estadística y Demografía.
- c) Antropología y Sociología criminal.
- d) Economía política.
- e) Geografía americana.
- f) Historia y Filosofía del Derecho.
- g.º Cada uno de los siete grupos constituye una sección y puede subdividirse en varios, en caso que así fuere necesario, ó reunirse dos ó más en uno solo.

10. El 10 de abril tendrá lugar la sesión plena preparatoria, á fin de organizar los trabajos y elegir las autoridades del Congreso.

11. Se designará en dicha sesión un presidente, un vice-presidente y dos secretarios generales para el Congreso. Además cada sección nombrará las autoridades que crea necesarias.

El 10 de abril se celebrará la sesión solemne de apertura, clausurándose los trabajos con la sesión plena del 20.

12. Además de estas dos reuniones generales y de la sesión preparatoria, las secciones celebrarán separadamente cuantas reuniones se requieran para llenar su cometido.

13. El Comité de organización hará entrega al definitivo de los trabajos, antecedentes, etc., en seguida de constituido este último.

14. Cada comité seccional marcará oportunamente los puntos, sitios ó establecimientos especiales para excursiones, si se creyese conveniente, para realizar las cuales el Congreso gestionará las mejores ventajas.

MEDICINA LEGAL

(Continuación)

Otra manifestación que descubre al simulador: el verdadero loco se acuerda del crimen cometido, mientras que el farsante dice que no recuerda, y lo niega todo por temor á que lleguen á suponer que no está loco. Fuera de esto, el loco no sabe que lo está; cree estar en su sano juicio, y así sucede que muchos que se han curado no recuerdan el estado de sinrazón por que han atravesado, si bien algunos, los menos, pueden acordarse; mientras que el simulador, una vez que le han aplicado una pena de su agrado, vuelve á la razón y hace referencia, como es natural, á su locura. Se cita un caso acaecido en Francia de un supuesto loco, quien, después de haber oído la sentencia que lo declaraba inocente, exclamó: «basta, es tiempo de que esto concluya», confesando después que esa ficción que tan bien había desempeñado es lo más á propósito para volver loco á cualquiera y que hubo momentos en que creyó que había perdido el juicio.

Otro dato ilustrativo sería el cambio de formas de locura en el mismo sujeto, notándose que este cambio es continuo en el falso loco. Además hay otro dato que, aunque no es infalible, ayuda mucho, y es el de que el loco es en extremo voraz y sin embargo disminuye de peso, no engruesa, lo que no pasa en el simulador, pues si come mucho se notarán sus efectos exteriormente.

El simulador se hace el loco delante de gente y no cuando está solo ó delante de personas que sospecha lo observan, como los médicos, etc. Fuera de esto, no basta siempre la patología para descubrir la simulación: sirve de mucho la astucia. Así se cuenta de médicos que aparentando que el supuesto loco no los estaba oyendo decían: «hombre, es raro que la clase de locura que padece aquel individuo no esté acompañada de tal ó cual síntoma»; y, dicho y hecho, al otro día el simulador probaba que su locura era pura farsa, pues el síntoma que echaba de menos el médico se presentaba de manifiesto.

III.—*Disimulación.*—Esta cuestión se presenta á propósito de los juicios civiles, pero no en las causas criminales. Así, por ejemplo, se presenta en los casos de seguros sobre la vida, censos vitalicios, relativamente al tiempo de permanencia en los hospitales, etc.

Es mucho más difícil disimular una enfermedad que simularla, pues por más que procure ocultar su enfermedad un individuo, nunca lo llegará á conseguir por completo. La locura podría disimularse en los casos de seguros sobre la vida, aprovechando para ello el intervalo lúcido. Un loco que va á ser declarado incapaz disimula su locura á efecto de que no tenga lugar tal declaración; el loco no sabe que lo es, se cree cuerdo, y, según eso, mal podría disimular lo que no cree tener; pero, como ya se ha dicho al tratar de las alteraciones mentales, sucede que el loco observa que

sus ideas tienen poca ó ninguna aceptación, que todo el mundo se las combate, y partiendo de este supuesto, trata de no emitir esos juicios que tanto se le discuten, absteniéndose de opinar en ese sentido y callándose á ese respecto. Pero sucede á menudo que si se pretende sacar al loco de ese mutismo estudiado, con insistencia de parte del que lo observa, no tarda en volverse agresivo contra el cargoso que lo inquieta. Boisseau refiere que él se encontró con un loco en un caso análogo, y el resultado de ello fué una herida y una erisipela como consecuencia de ella, debidas á un golpe que le propinó el sujeto á quien examinaba. En los casos de disimulación el mejor medio para salir de dudas consiste en seguir al loco en sus ideas. Así se refiere el siguiente caso: se trataba de declarar incapaz á un individuo basándose en el desequilibrio de sus facultades mentales; se requirió el previo examen médico, asistiendo á él todos los facultativos menos uno. Del resultado del reconocimiento facultativo se sacaba en conclusión que se tenía delante á un individuo completamente cuerdo. En esta convicción llegó el momento en que, estando próximos á declararlo cuerdo, se presenta el único de los facultativos que no había hasta entonces podido asistir al examen, y al cual expusieron sus colegas su opinión al respecto. La presencia de este médico fué salvadora, por ser el único que estaba en antecedentes de la clase de locura en cuestión. Dos palabras dichas al oído del médico que presidía el examen, fueron suficientes para que las preguntas tomaran nuevo giro, haciéndolas recaer sobre el mismo tema de su locura, que consistía en creerse el salvador del mundo. Con este temperamento de última hora se resolvió unánimemente que al contrario de lo que se creyó al principio, se trataba de una persona falta de razón.

IV.—*Pretexto.*—Se entiende por enfermedad *pretextada* la que se alega como impedimento para desempeñar un cargo obligatorio, ó cuando se quiere conseguir alguna gracia. La inhabilidad en que á consecuencia de ella se encuentra el sujeto, es lo que hay que determinar. Unos, llamados por la autoridad para deponer como testigos, alegan una enfermedad para evitarlo. Otros, que padecen enfermedades que atribuyen á sus enemigos, las pretextan para exigir indemnizaciones. Y, por último, otros, que al notificárseles su marcha á la cárcel, hacen saber que padecen de una enfermedad que en semejante sitio se agravará.

V.—*Comunicación de enfermedades.*—Una persona puede comunicarle á otra una enfermedad que le impida ganarse el sustento, y hasta que le ocasione la muerte. Para esto es necesario que la enfermedad sea contagiosa. Hay muchas enfermedades contagiosas; pero los autores sólo hablan de tres, en las cuales es fácil demostrar su comunicación de un individuo á otro; tales son: la sífilis, la rabia y el muermo.

La comunicación de enfermedades abarca dos cuestiones: 1.ª determinar si tal enfermedad puede comunicarse; y 2.ª dado el caso práctico, si la enfermedad ha sido comunicada.



Estas dos últimas cuestiones generales, el pretexto y la comunicación de enfermedades, son de estudio de los peritos y no nuestro.

SERVICIO DE LAS ARMAS

I. Disposiciones legislativas.

Código Militar.—Art. 9.º El ejército se reclutará entre hombres voluntarios ó contratados, que llenen las condiciones siguientes:

1.º Ser mayores de diecisiete años y menores de cuarenta.

2.º Tener una talla que no baje de un metro y cincuenta y seis centímetros.

3.º Poseer una constitución robusta y exenta de enfermedades crónicas ó deformidades físicas que les hagan inadecuados para las funciones y fatigas del servicio militar.

Art. 10. Podrán admitirse para las bandas de los cuerpos, muchachos que habiendo cumplido doce años de edad, se ofrezcan espontáneamente á servir con el consentimiento explícito de sus padres ó tutores.

Estos muchachos no estarán sometidos á las penas militares, mientras no sean mayores de diecisiete años, y contraído entonces nuevo empeño de conformidad, con arreglo al artículo anterior.

Si se negasen á contraerlo, se les expedirá su licencia.

Art. 13. La Guardia Nacional forma parte, como el Ejército de Línea, de la fuerza pública.

Art. 14. Todo ciudadano mayor de diecisiete hasta cuarenta y cinco años, estará obligado á enrolarse en la Guardia Nacional.

Art. 15. Para el enrolamiento de la Guardia Nacional se procederá en todos los departamentos de la República á levantar un padrón en que se exprese el número, nombre, edad, domicilio, profesión y estado civil de cada ciudadano mayor de diecisiete á cuarenta y cinco años de edad.

Art. 19. Practicado el enrolamiento de la Guardia Nacional, harán publicar edictos para que en el término de dos meses se presenten á deducir excepciones los que las tuviere.

Art. 20. Los ciudadanos que tuviere que deducir excepciones se presentarán por escrito á la Comisión Calificadora que establece el artículo 23, manifestando las causas que tengan para ser exceptuados del enrolamiento de la Guardia Nacional.

Art. 21. Quedan excluidos del enrolamiento de la Guardia Nacional:

1.º Aquellos á quienes hagan inútiles para el servicio sus deformidades físicas ó enfermedades crónicas, á juicio de la Comisión Calificadora que establece el artículo 23.

Art. 23. La Junta Calificadora se compondrá del Jefe Político como Presidente, el Jefe de la Guardia Nacional, el Juez Letrado del Departamento, tres miembros de la Junta Económico-Administrativa designados por ella, y el médico de Policía.

Art. 24. La Junta procederá verbal y sumariamente, y de conformidad con las reglas que quedan establecidas, en la resolución de las demandas de excepción que le fueren presentadas, ya por los interesados ó por sus representantes legales nombrados al efecto.

Art. 26. De las decisiones de la Junta Calificadora habrá apelación para ante el Ministro respectivo.

Art. 33. Los autores y cómplices de fraudes y malos manejos empleados para excluir indebidamente del enrolamiento de la Guardia Nacional á cualquier individuo, serán sometidos á la justicia ordinaria y castigados con una multa de 50 á 500 pesos, ó prisión que no baje de un mes ni exceda de un año, según la gravedad del caso.

Art. 35. La Guardia Nacional será puesta en Asamblea para recibir la instrucción que le corresponde, en los días domingo y otros festivos de febrero, marzo y abril de cada año.

Art. 38. En tiempo de guerra nacional es obligatorio el servicio militar en todos los ciudadanos mayores de dieciséis años á sesenta de edad, con exclusión de los exceptuados en el artículo 21.

II. *Critica.*—En otros países da origen á cuestiones interesantes; no así en el nuestro, debido á que no se aplican las disposiciones legales referentes al servicio militar.

1.º—Entrando á la crítica de nuestras disposiciones legales, encontramos que la edad de 17 años que la ley establece como mínimo para prestar el servicio de las armas, no es suficiente. Creemos que debería uniformarse la legislación adoptándose una edad fija para todos los servicios, pues lo contrario no trae otra consecuencia que recargar inútilmente la memoria.—Se dice que un individuo puede tener suficientes aptitudes para el servicio de las armas, y sin embargo carecer aún del desarrollo intelectual suficiente para administrar sus bienes por sí propio; y así, se quiere dar á entender que si bien los 21 años son apenas suficientes para declarar la mayoría de edad, lo son ya de sobra para el alistamiento en los cuerpos del ejército. Sin embargo, un joven apenas á los 21 ó 22 años se encuentra en condiciones y está suficientemente desarrollado para poder desempeñar esa carga, pues en esa época, con la conclusión del crecimiento, se vigoriza el cuerpo, se solidifican los huesos y se adquiere verdadera robustez. De manera que llevar antes de esa edad jóvenes al ejército, es un disparate, pues se debilitan mucho y están predispuestos á la tisis.

Se contesta que no debe dejarse de lado la consideración de que el fuego de la juventud, los ardores de los años juveniles, son el mejor medio de tener soldados entusiastas, fogosos y vehementes; que ello es una cualidad muy preciosa y constituye la verdadera fibra de un cuerpo de ejército prolijamente organizado. Sin embargo, cabe señalar, valiéndonos de una frase gráfica, que á esos ejércitos formados por criaturas les pasa lo que al parejero criollo, que todo se le va en la primera atropellada, aplastándose en seguida. Y esto es tan cierto, que Napoleón no quería soldados menores de 21 años, pues había observado que de otro modo se les llenaban las ambulancias de heridos y enfermos; eran muy entusiastas, pero también eran los que menos soportaban cualquier contratiempo, careciendo de la serenidad necesaria que se encuentra en el hombre de 25 años, aunque carezca del entusiasmo del de 18.

Por otra parte, en el soldado no sólo se busca el desarrollo físico, sino que también se requiere que esté intelectualmente ade-

lantado, porque si bien la fuerza y la destreza son cualidades preciosas en él, no lo son menos el criterio y la inteligencia en la estrategia, para saber aprovechar las ocasiones.

Si la edad de 17 años, desde el punto de vista anatómico fisiológico-psicológico, es inconveniente, con mayor razón lo es la de 12 años para los muchachos de la banda lisa. En consecuencia, es necesario establecer una edad mayor, pues á los doce años es imposible resistir la fatiga ocasionada por un ejército en marcha.

Se pregunta: ¿por qué no se fija la edad de treinta años, por ejemplo, para ese servicio, á fin de evitar esos inconvenientes, tomando así al individuo en la plenitud de su desarrollo? No se fija esa edad en ninguna parte, porque aparece serios inconvenientes, como son: la imposibilidad de formar familia; la de concluir una carrera ó iniciar las tareas propias á la conclusión de ella, etc. Así es que para subsanar tales inconvenientes debe buscarse que el individuo, al llegar á los treinta años, tenga hechos cinco ó seis de servicio militar.

2.º En nuestro Código Militar se establece la talla mínima que debe tener el soldado, adoptando la de un metro y cincuenta y seis centímetros. Presume que el que no tiene esa estatura no está en condiciones de tener el desarrollo físico requerido para formar parte del ejército. En Inglaterra la talla legal es de 1 metro y 63 centímetros, y en Francia es igual á la nuestra.

Es un error fijar ese mínimo, pues un hombre alto puede ser débil, y uno bajo, fuerte. Lo que hay es que nuestro Código no ha hecho otra cosa que servirse de sus modelos los códigos europeos, haciendo suyas las disposiciones de éstos, disposiciones que, por otra parte, se encuentran en esos códigos por pura fórmula, pues no se cumplen. Tal es la consecuencia de copiar servilmente á los europeos. Éstos indican la talla, á pesar de reconocer que esa determinación no implica fortaleza. Brocca y otros han demostrado acabadamente que la talla es un signo de raza, y claro es que en una raza hay fuertes y débiles. Es además probable que el alto sea menos fuerte que el bajo, pues su desarrollo excesivo llega á veces á debilitarlo.

En Inglaterra se tiene en cuenta, además de la talla, el peso, la capacidad torácica, las condiciones de salud; y esto es claro, porque de lo contrario sería preparar huéspedes para las ambulancias y hospitales.

En nuestra raza, que es una derivación de la europea y la aborigen, debido al clima y otros factores, se ha formado un tipo distinto de la europea y americana que le han dado origen: no es una raza ni cobriza ni caucásica. Es una raza de condiciones brillantes y que, físicamente, no está degenerada. La talla de 1 metro y 56 centímetros es relativamente baja. Comprueba el hecho de que los uruguayos forman una raza distinta, la circunstancia de que procediendo de diversas familias, todos se parecen.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.)